

# **LAS NECESIDADES DEL REINO**

A composite image featuring a man in profile, looking down with his hand to his forehead in a thoughtful or distressed pose. The background is a view of Earth from space, with a bright comet streaking across the dark sky. Several lightning bolts are superimposed over the man's head and shoulders, suggesting a storm of ideas or intense pressure.

**Oswaldo Rebolleda**

# **LAS NECESIDADES DEL REINO**



**Oswaldo Rebolleda**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Portales de Gracia**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
Capítulo uno:	
<b>Las necesidades reales.....</b>	<b>10</b>
Capítulo dos:	
<b>Necesidades o deseos.....</b>	<b>25</b>
Capítulo tres:	
<b>Necesidad de regeneración.....</b>	<b>38</b>
Capítulo cuatro:	
<b>La necesidad de la Fe.....</b>	<b>49</b>
Capítulo cinco:	
<b>La necesidad de los procesos.....</b>	<b>64</b>
Capítulo seis:	
<b>Comprometidos con lo necesario.....</b>	<b>78</b>

Capítulo siete:

**Las necesidades según el Soberano.....93**

**Reconocimientos.....108**

**Sobre el autor.....110**



# Introducción

*“Mi Dios, a su vez, proveerá a todas sus necesidades, según su inmensa riqueza en Cristo Jesús”.*

Filipenses 4:19 BLA

Muchos analistas han considerado, que las necesidades humanas tienden a ser infinitas, ya que todo está condicionado a lo que cada individuo entienda como una necesidad para él. Esto también puede ser evidente a través de las diferentes sociedades, no solo en la evolución histórica, sino a través de diferencias geográficas, económicas y culturales.

Ante tales suposiciones, debemos reconocer que las diferencias respecto de las necesidades son indiscutibles, lo que sí considero que se puede cuestionar, es el concepto de necesidad que utilicemos para sacar cualquier conclusión. Digo esto, porque si buscamos en el diccionario, la palabra necesidad significa, el estado de un ser que se halla en carencia de un elemento, y su consecución resulta indispensable para su vida.

En tal caso, diría que las necesidades fundamentales para la vida, se podrían resumir en respirar, comer, beber, dormir, tener una temperatura adecuada, y la eliminación intestinal o renal. Algunas personas que han estado privadas de su libertad, y viviendo en condiciones extremas, han

sobrevivido tan solo con estas condiciones básicas e indispensables. Ahora bien, esto sería para sobrevivir físicamente, pero el ser humano es mucho más complejo que eso.

Bajo esta observación, podríamos decir que las necesidades humanas fundamentales son pocas y clasificables, además de ser similares en todos los seres humanos, sin importar la cultura, la geografía, o los períodos históricos. Lo que va cambiando el concepto de necesidad son las posibilidades. Es decir, cuantas más posibilidades tengamos, más necesidades podemos llegar a considerar.

Si una persona fuera secuestrada y se la mantuviera atada y con poco oxígeno, su primer reclamo puede que sea simplemente respirar. Si le otorgan eso, puede que pida beber un poco de agua, luego comer y en su momento pedirá dormir y hacer sus necesidades. A partir de este ejemplo extremo, comencemos a imaginar a una persona con pocas posibilidades económicas, pero libre. En este caso, sus necesidades básicas pueden ser suplidas y hará un incremento de deseos, como las comodidades habitacionales, la contención afectiva, las relaciones familiares, la atención de su salud, la posibilidad de un buen trabajo, etc.

Ahora imaginemos a la misma persona, pero viviendo con una posición económica mejorada, y en una sociedad con buenos medios. Automáticamente, esta persona, sumará un montón de nuevas demandas, consideradas como necesidades para su desarrollo y bienestar. Incluso, pensemos

en una persona multimillonaria, habitando una sociedad del primer mundo. ¿No serían multiplicadas de manera exponencial sus supuestas necesidades?

Por otra parte, lo que puede ser considerado como necesario para una persona, puede que no lo sea para otra. En definitiva, es ahí donde encuentran el concepto de necesidades infinitas. Esto puede ser tan variado como tantas personas existan en el mundo, y no pretendo entrar ahí, más que para dar algunos ejemplos y comprender la sociedad actual.

En definitiva, si concebimos las necesidades tan solo como una carencia fundamental, restringiríamos su espectro a lo puramente fisiológico, que es precisamente donde se manifiestan claramente las necesidades. Sin embargo, en la medida en que ampliemos las posibilidades, las necesidades pueden expandirse sin límite alguno. En este libro me ocupo de enfocar este asunto, con un panorama espiritual, fundamentado en los principios del Reino.

Las necesidades humanas básicas referidas, deben constituirse en derechos inalienables del ser humano, ya que su posesión y práctica hacen a la dignidad del individuo y las comunidades, lo cual no voy a discutir en absoluto. Las posibilidades que podamos tener, y la satisfacción que podamos atribuir, respecto de supuestos deseos disfrazados de necesidad, tampoco son un tema de discusión interesante, porque todo eso puede ser muy relativo y personal.



La idea de este libro, es analizar un poco lo que las personas consideran como necesidades para sus vidas, pero por sobre todas las cosas, observar y aprender de cuáles son las necesidades que el Reino de Dios plantea, encontrando diferencias y marcando claramente el enfoque que debemos tener como hijos de Dios.

Un ciudadano latinoamericano puede tener necesidades muy diferentes a las de un europeo, a las de un africano o las de un asiático. Las diferencias sociales, culturales y económicas, claramente pueden determinar prioridades, pero nosotros debemos analizar todo esto, como ciudadanos del Reino de los cielos. Ciertamente, habitamos en la tierra, pero espiritualmente somos ciudadanos de una nación celestial y debemos aprender a pensar conforme a su cultura.

Seguramente hay muchos libros que analizan las necesidades humanas, pero este libro, analiza las necesidades de aquellos que vivimos en el Reino de Dios manifestado en la tierra. Es decir, nuestra verdad presente es espiritual y está por sobre todo, pero su manifestación es terrenal y debemos aprender a vivir en dicha asociación, de lo contrario podemos caer fácilmente en frustración.

Cuando un hijo de Dios, analiza la vida de manera más carnal que espiritual, seguramente caerá en un grave error de apreciación de valores. Los hijos de Dios, no vivimos en otro planeta, vivimos en la tierra, pero nuestra ciudadanía es celestial. Esto no debe ser un indicativo de desinterés

respecto de los acontecimientos o las posibilidades terrenales, por el contrario, lo que debemos hacer, es jalar la cultura y las dimensiones del Reino para su manifestación terrenal, ya que eso es lo que puede cambiarlo todo.

Este libro no nos saca de la tierra, nos afirma en ella, pero lo hace priorizando una manera de pensar diferente. El Reino está por sobre todas las cosas, y tiene sus propias demandas; aprenderlas y entenderlas, nos ayudará muchísimo a ubicarnos como hijos de Dios.

Este es el desafío y la propuesta de este material, solo espero que puedan valorarlo y brindarle unas horas de sus vidas para leerlo. Les aseguro que será una muy buena inversión para quienes así lo hagan.

***“Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga Tu Reino, hágase Tu voluntad en la tierra como en el cielo...”***

Mateo 6:9 y 10 NVI



## Capítulo uno

# **LAS NECESIDADES REALES**

*“La sanguijuela tiene dos hijas: una se llama “Dame”, y la otra, “Dame más”. Es amiga del que ama el dinero, pues este siempre quiere más. Hay tres, y hasta cuatro cosas que nunca quedan satisfechas: la mujer estéril que pide hijos, la tierra que pide más agua, el fuego que pide más leña y la tumba que pide más muertos”.*

Proverbios 30:15 y 16 BLS

El consumo es la acción de adquirir productos o servicios para satisfacer deseos y necesidades, y el consumismo es su exceso. Según los historiadores, la tendencia de la sociedad de consumo empezó con el auge de la burguesía de los siglos XVII y XVIII. Durante la Revolución Industrial en el XIX, a través de una creciente tecnología, las empresas desarrollaron nuevos modos de fabricación, aumentando la velocidad de producción, y generando una evidente superproducción.

En esos tiempos se consideraba como prioridad, la calidad de cada producto, incluyendo su durabilidad. El problema es que las personas, una vez que tenían lo que necesitaban, simplemente dejaban de comprar. Esto generó como un embudo, en el cual se producía más de lo que se vendía; por lo tanto, los gobiernos de turno impulsaron las promociones para aumentar el consumo.

La mejora económica de la sociedad, después de la Segunda Guerra Mundial, generó una reconversión del consumo, y lo que era considerado como una necesidad, se transformó en la satisfacción de los deseos. Los medios de comunicación, se volvieron claves para crear y fomentar esos deseos, capaces de impulsar la compra de productos y servicios.

A principios del siglo XX, el consumo en pos de la felicidad, se convirtió en un consumismo que no ha parado de crecer hasta nuestros días. Las empresas dejaron de fabricar productos de buena calidad, porque comprendieron que la forma más efectiva de producir el consumo era ofreciendo productos de poca durabilidad. Ante esto, las personas dejaron de exigir calidad y asumieron las supuestas ventajas del renuevo continuo.

La tendencia actual es hacia un consumismo exagerado y enfermizo. La explosión tecnológica ha logrado una invasiva conexión que no para de alimentar a la bestia indomable del consumismo. Lo único que frena esta insaciable tendencia es la limitación económica de muchas

personas. Sin embargo, en las sociedades con buenas economías, los ciudadanos parecen zombis hipnotizados por el deseo, atacando todo centro comercial de manera desenfrenada y obscena.

Si por un momento logramos ponernos en el rol de simples espectadores, veremos que las personas, en su mayoría, están como hiperestimuladas por las ofertas, y lucen como seres ingenuos, como presas fáciles de la manipulación de las grandes empresas. La invasión de los medios satura las ideas de la gente. La hechicería del marketing, el robo de datos y el uso de información personal, conspiran para producir un abuso financiero en las personas.

Todos están tan enfocados en saciar sus deseos, que han cauterizado la consciencia, respecto de las necesidades reales que están padeciendo muchas otras personas en el mundo. Yo diría que se está violando descaradamente la mente de muchos ciudadanos, porque cada día algo más de mil mensajes pretenden incitarnos a comprar artículos que no necesitamos, a la vez que nadie nos invita a poner nuestro foco de atención a la verdadera necesidad de millones de indigentes que también son parte de nuestra sociedad.

Como ciudadanos, estamos inmersos en un consumismo violento y arrollador, alimentado por la influencia de publicidades engañosas, que venden la falsa creencia de que ciertos productos pueden otorgar felicidad y plenitud a nuestra vida. Este es el mismo principio utilizado por los vendedores de droga. ¡Consuman y serán felices! Lo

que no nos cuentan de ese consumo, es la adicción y la destrucción que a la larga produce en todos aquellos que la practican.

Hoy en día, la mayoría de las cosas que se compran, no son por necesidad, sino por simples deseos. La intención de mejorar una supuesta calidad de vida, el disfrute, la autoestima, el lograr la admiración de otros, la supuesta superación personal, o simplemente la vanidad, son algunos de los incentivos de aquellos que tienen la posibilidad de elevar su consumo.

Esto no solo genera una mayor dependencia de nuevos bienes materiales y derroche de recursos, sino que el consumo se ha convertido en un elemento de significación social. Esto es muy peligroso, porque las necesidades básicas pueden suplirse, pero las ambiciones o el deseo de ser admirados pueden llegar a ser insaciables.

Según los expertos, en la sociedad atrapada por el consumismo, se encuentran tres fenómenos que le son propios, y que juntos, producen lo que se ha denominado adicción al consumo. Por un lado, la adicción por la observación de los productos, es decir, hay quienes no pueden frenar el impulso de ir continuamente a los centros comerciales, mientras que otros, no pueden dejar de mirar las ofertas ofrecidas a través de internet. En ambos casos, el desenlace es la compra compulsiva o al menos exagerada.

En segundo lugar, la gente está aceptando, como normal, el deseo intenso de adquirir cosas que en realidad no necesita, y que, por lógica, una vez que los adquieren, pierden todo interés por dichos artículos. Esta inclinación se relaciona con situaciones de insatisfacción vital.

En realidad, todos podemos sentir esa insatisfacción vital, cuando reparamos únicamente en lo que no hemos conseguido, sin valorar nuestros logros y esfuerzos productivos. Por supuesto, no podemos ignorar que es normal que todos, en algún momento, suframos el sentir de que nos hacen falta cosas para ser más felices, pero el sistema trata de llevar eso al extremo, utilizando ciertas artimañas comerciales, para agravar ese sentimiento de manera colectiva y generalizada.

En tercer lugar, y asociado a la compra compulsiva, tenemos a la adicción por el crédito y la deuda, que somete a las personas al señorío de aquellos que les otorgan las posibilidades de compra (**Proverbios 22:7**). Lo que la gente recibe como un beneficio, es lo que la esclaviza, porque se ven impedidos de controlar el gasto de una forma racional, cayendo en interminables refinanciaciones que los complican cada vez más.

Unos años atrás, cuando salieron las primeras tarjetas de crédito, no era fácil acceder a ellas, ya que eran necesarios ciertos requisitos que no todas las personas podían cumplir. Hoy en día, las tarjetas las ofrecen como caramelos, cualquiera tiene acceso a ellas y, además, los mismos bancos

ofrecen continuamente la refinanciación de cualquier deuda, porque a través de esos supuestos beneficios, lucran descaradamente.

Las sociedades de países desarrollados, con buenas economías, tienen a sus ciudadanos atrapados en un sobreendeudamiento verdaderamente alarmante. La gente tiene la sensación de progreso, pero en su mayoría están inmersos en las deudas, las hipotecas y los compromisos mensuales. Por algo, las personas, en lugar de estar disfrutando esos supuestos progresos, están sufriendo un gran estrés emocional.

El motivo fundamental de divorcios y destrucción familiar es económico. Esta es la gran contradicción de una sociedad que avanza por medio del consumo hacia una vida mejor, y al final, solo está alcanzando lo peor.

Ahora bien, observando todo esto espiritualmente, sabemos que el mundo entero está bajo el maligno (**1 Juan 5:19**), y no ignoramos que el principio fundamental de las tinieblas es la mentira (**Juan 8:44**). Lo curioso de todo esto, es que el sistema diabólico no está mintiendo subliminalmente, lo está haciendo de manera frontal, abierta y descaradamente. Esto es muy curioso, porque cuanto más ridículamente visible es la mentira, más creíble parece ser para la sociedad en general.

Alguien preguntó una vez: ¿Cómo se hace para esconder a un elefante en una avenida? Y otro contestó: “Se



lo rodea de muchos otros elefantes...” Es decir, una mentira podría ser observada y cuestionada por todos, pero tantas mentiras juntas, generan una credibilidad absurda, digna de las tinieblas que están gobernando la mente de millones y millones de personas en el mundo.

Cómo vimos en la introducción, la palabra necesidad significa, el estado de un ser que se halla en carencia de un elemento, y su consecución resulta indispensable para vivir, es por eso que las necesidades fundamentales para la vida, se podrían resumir en respirar, comer, beber, dormir, tener una temperatura adecuada, y la eliminación intestinal o renal.

Bajo esta observación, podríamos decir que las necesidades humanas fundamentales son pocas, pero se van aumentando exponencialmente por medio de las posibilidades. Es decir, cuantas más posibilidades tengamos, más necesidades podemos llegar a considerar. Por eso, tenemos en el mundo a muchas personas pobres que buscan suplir sus verdaderas necesidades, y muchas otras personas que buscan suplir sus deseos, tal como si estos fueran verdaderas necesidades.

La vida nos muestra espejismos que nos hacen correr en busca de una supuesta plenitud, pero al llegar, encontramos que no hay un oasis verdadero, sino simplemente arena. Es decir, la gente piensa que si logra tener propiedades, un buen pasar financiero, éxito profesional, reconocimiento público, viajes por el mundo, o cosas por el estilo, simplemente logrará ser feliz. El problema

es que tenemos el ejemplo de miles de personas que tienen todo eso, y al final no logran esa supuesta plenitud de vida.

En la Biblia tenemos un ejemplo claro, que puede enseñarnos lo vano que es el camino del deseo, y es el del rey Salomón, quien fue hijo del rey David. Todos lo conocemos porque fue un hombre sabio, rico y último monarca del reino unido de Israel. Salomón ejerció el poder en el vasto territorio de la Mesopotamia, entre los ríos Éufrates y Tigris, durante casi cuatro décadas. Su padre le había aconsejado el buscar la voluntad de Dios y en esa búsqueda se encontró con la sabiduría, las riquezas y la paz de su nación.

Al principio de su reinado, Salomón demostró su devoción a Dios, comprometiéndose a buscar Su voluntad y serle obediente en todo. Por su parte, el Señor le otorgó sabiduría, riquezas, y honra como a ningún otro rey (**2 Crónicas 1:12**). Salomón llegó a ser famoso por su sabiduría, incluso grandes personajes viajaban de todas las naciones para verlo, y para poner a prueba su conocimiento. Ese hombre, cargado de sabiduría divina, escribió:

*“Me dije entonces: Haré la prueba con los placeres y me daré la gran vida. ¡Pero aun esto resultó un absurdo! A la risa la considero una locura; en cuanto a los placeres, ¿para qué sirven? Quise luego hacer la prueba de entregarme al vino si bien mi mente estaba bajo el control de la sabiduría, y de aferrarme a la necesidad, hasta ver qué de bueno le encuentra el hombre a lo que hace bajo el cielo durante los contados días de su vida. Realicé grandes*

*obras: me construí casas, me planté viñedos, cultivé mis propios huertos y jardines, y en ellos planté toda clase de árboles frutales. También me construí aljibes para irrigar los muchos árboles que allí crecían. Me hice de esclavos y esclavas; y tuve criados, y mucho más ganado vacuno y lanar que todos los que me precedieron en Jerusalén. Amontoné oro y plata, y tesoros que fueron de reyes y provincias. Me hice de cantores y cantoras, y disfruté de los deleites de los hombres: ¡formé mi propio harén! Me engrandecí en gran manera, más que todos los que me precedieron en Jerusalén; además, la sabiduría permanecía conmigo. No le negué a mis ojos ningún deseo, ni a mi corazón privé de placer alguno, sino que disfruté de todos mis afanes. ¡Sólo eso saqué de tanto afanarme! Consideré luego todas mis obras y el trabajo que me había costado realizarlas, y vi que todo era absurdo, un correr tras el viento, y que ningún provecho se saca en esta vida”.*

**Eclesiastés 2:1 al 11 NVI**

Después de Salomón, muchas personas en el mundo, tal vez en menor medida, han buscado lo mismo que el rey. Para lograrlo, se han entregado a todo lo que sus ojos desearon y no retuvieron sus corazones de ningún placer, pero al final de la experiencia, todos han llegado a la misma conclusión: ¡Vanidad de vanidades! Todo es vanidad y aflicción de espíritu, por eso tantos millonarios y famosos han terminado tan mal sus días, al igual que Salomón.

Una de las definiciones que encontramos para la palabra vanidad es la creencia excesiva en las habilidades propias o la atracción causada hacia los demás. Es un tipo de arrogancia, engreimiento y una expresión exagerada de la soberbia. El término encuentra sinónimos en las palabras vacío, vano, necedad, fantasía, hinchazón, hueco y envanecimiento, siendo un tipo de vanidad el narcisismo. El principal término hebreo que la define es “*hebhel*”, que significa: “*soplo de aire*”.

La vanidad es un problema prevaleciente con el cual todos luchamos, es un mal que nos acompaña desde la caída (**Génesis 3:14 al 19**). Bien nos presenta Salomón en sus escritos, de qué manera el hombre fútilmente continúa buscando la felicidad, y el significado de la vida a través de medios equivocados como la ciencia, la filosofía, el placer, el materialismo, las experiencias, las riquezas y la moralidad.

Buscar este tipo de cosas no conduce a la felicidad ni a una completa satisfacción, sino solamente a un vacío aún más profundo, pero el enemigo está empeñado en enseñar ese camino a toda la sociedad. Tal vez lo hace, porque ese fue el camino que lo hizo fracasar a él (**Ezequiel 28:16 al 18**). El camino de las ambiciones, tal como si las cosas fueran necesarias, solo conduce al fracaso, porque su fundamento solo es el orgullo.

Salomón dejó muy en claro el vacío que cosecharemos, si tenemos la mente puesta en las cosas materiales. Tal vez por eso, él mismo escribió: “*Acuérdate de tu Creador en los*

*días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento” (Eclesiastés 12:1).* El apóstol Pablo también dijo: *“Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Colosenses 3:2),* y Jesucristo, nuestro maestro, nos enseñó: *“No acumulen para sí tesoros en la tierra...” (Mateo 6:19).*

Salomón terminó sus escritos diciendo: *“El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala” (Eclesiastés 12:13 y 14).* En definitiva, si en lugar de ceder a lo que nuestros ojos anhelan, cayendo en el engaño de pensar que todo eso es necesario, y nos entregamos por completo a ofrecer nuestro corazón a Dios, para que él siembre en nosotros lo que es verdadero, entonces seremos realmente enriquecidos.

*“Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo”*

1 Juan 2:16

En pleno siglo XXI, algunos servidores de Dios están dejando ver en sus redes sociales, la vanidad que envuelven sus vidas. No deseo juzgarlos por eso, no soy quién para tal cosa, solo lo menciono con tristeza, porque debemos salir de ahí. Si en el liderazgo espiritual nos mostramos tal como si el éxito fueran los bienes materiales, la fama o los

reconocimientos, estaremos enviando un mensaje equivocado a todo el pueblo de Dios.

Si la vanidad de los líderes espirituales se demuestra públicamente en forma de “Jet Set evangélico”, ¿cómo predicaremos contra el pecado de vanidad? ¿Cómo enseñaremos lo correcto a una sociedad perdidamente consumista? No estoy sugiriendo que los bienes materiales son demoníacos, digo que deben ser un medio para la consumación del propósito, pero no la evidencia del éxito de nuestra fe.

Ministros del evangelio, con grandes mansiones, moviéndose en autos de lujo, con aviones privados, con vestiduras de millonarios, con actitudes de estrellas de Hollywood, no le hacen bien a la Iglesia. Ciertamente, hay una sociedad vanidosa que se identifica con eso, pero también hay millones de personas que carecen de necesidades básicas, y ellos no se sienten parte de ese evangelio de supuesto éxito integral.

Las cifras no son alentadoras en cuanto al hambre y la pobreza en el mundo. Se estima que una de cada nueve personas no tienen suficientes alimentos para nutrirse sanamente, lo que representa a ochocientos veintiocho millones de personas, entre los cuales tenemos un elevado número de mujeres y niños, que no tienen los recursos necesarios para una vida sana y digna.

Se calcula que en el mundo, una persona muere de hambre cada cuatro segundos, que un cuarenta y cinco por ciento de las muertes en los niños menores de cinco años se debe a la desnutrición. Ante estos números no deberíamos pensar que las necesidades tienen que ver con alimentar nuestra vanidad, sino con ayudar al prójimo.

Generalmente, los ministros, que se muestran como personas ricas, predicán motivando a su gente para alcanzar lo mismo. Amados, las necesidades del Reino, nada tienen que ver con la vanidad o los placeres. Las necesidades financieras están vinculadas solamente al propósito, y si bien no es un pecado tener una buena economía, no es eso lo mejor que tenemos para dar a este mundo tan necesitado.

Las finanzas no nos hacen ricos si no comprendemos el propósito de la administración del Reino. Podemos vivir bien y podemos acceder a ciertos placeres, pero enfocarnos en ello es un despropósito, y lo que es peor, es impartir un mensaje que haga sentir a muchos hermanos como fuera de la bendición, anulando la verdadera esencia de la misma.

Al observar el panorama global, encontramos a muchos hermanos con legítimas necesidades, y muchos otros hipnotizados por el estúpido consumismo obsesivo y compulsivo que propone el sistema. La Iglesia debe estar regida por una realidad espiritual propia, y absolutamente ajena a los parámetros de este mundo.

Nosotros somos ciudadanos del Reino y estamos en Cristo, no debemos padecer las necesidades básicas, porque Jesús dijo: ***“No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”*** (Mateo 6:31 al 33).

Es un compromiso de Dios, que no sufriremos necesidades básicas de manera permanente. Es posible en algún momento que debamos pasar por algunas circunstancias de dificultad o escasez, pero solo momentáneamente y solo por causa del propósito. Esto lo analizaré más detenidamente en el último capítulo.

En la Biblia tenemos muchos principios de prosperidad material, pero nuestro corazón debe estar alineado al propósito, no a la vanidad. En el Reino, todo tiene que ver con los diseños divinos, no con nuestros vanos deseos. Si no comprendemos bien esto, podemos caer fácilmente en desconformidad y frustración.

En el Reino, las riquezas de Cristo, son infinitamente más importante que las riquezas materiales de este mundo. Debemos recuperar el equilibrio espiritual, para no caer en las trampas de la pobreza, ni en las trampas de las riquezas materiales. Debemos procurar la libertad que produce la verdad eterna. Debemos vivir bajo el gobierno del Señor y Él nos conducirá por la senda de Su justicia.



***“No digo esto porque esté necesitado, pues he aprendido a estar satisfecho en cualquier situación en que me encuentre. Sé lo que es vivir en la pobreza, y lo que es vivir en la abundancia. He aprendido a vivir en todas y cada una de las circunstancias, tanto a quedar saciado como a pasar hambre, a tener de sobra como a sufrir escasez. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”.***

Filipenses 4:11 al 13 NVI



## Capítulo dos

# NECESIDADES O DESEOS

*“Porque yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes afirma el Señor, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza”.*

Jeremías 29:11 NVI

Al nacer, los bebés no son conscientes ni de su propio cuerpo, pero de manera natural, comienzan a expresar sus necesidades más básicas: lloran por frío, lloran por hambre, o lloran por algún dolor. Es decir, que la vida implica necesidades, y el crecimiento o desarrollo posterior, implica adquirir nuevas y mayores necesidades.

Los seres humanos somos muy complejos; desde el principio mismo de la creación, vemos su ilimitada ambición. Adán fue creado sin pecado y en un ambiente de abundancia y bienestar absoluto; sin embargo, no se conformó con todo eso, sino que determinó comerse la fruta. La pregunta sería: ¿Era necesario para ellos comer esa fruta? Sabemos que no,

porque en el huerto no tenían hambre, ya que había absolutamente de todo.

La serpiente le dijo a Eva, que si deseaba que sus ojos se abrieran y si deseaba ser como Dios, conociendo el bien y el mal, era necesario que comiera de la fruta prohibida. La Biblia dice que Eva vio que el fruto del árbol era bueno y que tenía buen aspecto, y era deseable para adquirir sabiduría, así que tomó de su fruto y comió. Luego le dio a su esposo, y también él comió (**Génesis 3:6**). Nuevamente podríamos preguntarnos: ¿Era esto una necesidad, o un simple deseo?

Recordemos que la palabra necesidad, derivada del latín “*necessarius*”, significa imposibilidad de desvincularse de algo. En su etimología proviene del latín “*Necesse*”, que deriva del prefijo “*ne*”, que significa “No”, y del verbo “*Cedere*”, que significa “Parar”. Es decir, la necesidad es algo que no se puede parar, o algo de lo que no se puede prescindir.

Las necesidades se diferencian de los deseos en que la necesidad es algo indispensable, pero el deseo puede ser reemplazado, y Adán y Eva ciertamente no solo pudieron prescindir de la fruta, sino que debieron hacerlo. Sin duda, el comerla fue simple deseo, o una desmedida ambición. Esto nos hace reflexionar sobre una pregunta clave: ¿Cuántas cosas nosotros debemos hacer o pretender sin verdadera necesidad?

El problema no está en que una necesidad también sea un deseo, o que lo que primeramente es un deseo, se torne en una necesidad, ya que el hecho de que se combinen esas cosas es lo mejor que nos puede pasar. El tema es evaluar correctamente cuando algo es simplemente un deseo innecesario, o una necesidad indeseable. Esto en el Reino, puede implicar que determinemos renunciar a ciertos deseos y que abracemos ciertas necesidades, aunque no sean de nuestro agrado.

El arca de Noé no fue un deseo del patriarca, fue una necesidad absoluta ante la inminente llegada del diluvio. Cuando Dios se aparece presentando un diseño que demandará más de cien años de trabajo, puede que no sea muy bienvenido, pero al final era una necesidad, no un gusto, lo que Dios estaba planteando a Noé.

Incluso durante el diluvio, mientras que las olas azotaban esa tremenda embarcación, Noé y su familia, no han deseado estar viviendo ese terrorífico momento. Sin embargo, ese era el mejor lugar del mundo para estar, porque el arca era el único medio capaz de salvarlos. Hay tormentas en la vida que pueden ser indeseables, pero cuando vienen de Dios son absolutamente necesarias.

El patriarca Abraham deseaba tener un hijo, pero ese hijo también era necesario por causa de la herencia y las promesas de Dios. El problema de Abraham fue poner su corazón en el deseo, sin considerar la necesidad planteada por

el mismo Señor. Eso lo llevó a generar el hijo con su esclava Agar, lo cual fue innecesario y poco conveniente.

Dios no tiene problemas con el hecho de que tengamos deseos, incluso Él mismo planteó en Su Palabra, la voluntad de cumplir algunos deseos de nuestro corazón (**Salmos 37:4**). Lo importante es que esto no se produzca bajo nuestros propios diseños, sino alineando esos deseos al propósito divino, y procurando que se conviertan en necesarios, porque eso expresará la gracia de Dios y manifestará Su gloria.

Que nosotros tengamos un deseo, no lo convierte en algo necesario, pero cuando el que tiene el deseo es Dios, tal cosa se convierte automáticamente en algo necesario y posible. De hecho, los deseos de Dios, siempre son mejores que los nuestros, porque Abraham deseaba un hijo, y Dios tenía pensado darle tantos hijos como estrellas en el cielo se podían contar (**Génesis 15:5**).

Los deseos de Dios siempre son mejores y mayores que los nuestros, por eso mismo, no nos conviene ser complacidos por Dios, sino alcanzar Su complacencia. El profeta Isaías lo dijo muy bien:

*“Porque mis pensamientos no son los de ustedes, ni sus caminos son los míos afirma el Señor. Mis caminos y mis pensamientos son más altos que los de ustedes; ¡más altos que los cielos sobre la tierra! Así como la lluvia y la nieve descenden del cielo, y no vuelven allá sin regar antes la tierra y hacerla fecundar y germinar para que dé semilla*

***al que siembra y pan al que come, así es también la palabra que sale de mi boca: No volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo deseo y cumplirá con mis propósitos”.***

Isaías 55:8 al 11 NVI

Isaac deseaba una esposa, y la gran virtud de su padre, fue buscar la que Dios tenía preparada para él. No esperaron que apareciera alguna que le gustara a Isaac, sino que fueron en busca de la que Dios había elegido. Eso fue extraordinario porque en el mismo momento en el que Isaac vio a Rebeca, quedó absolutamente enamorado de ella.

En el caso de Jacob vemos todo lo contrario, el patriarca deseaba una esposa, pero enseguida pactó trabajo por ella, no consideró que si era la voluntad de Dios, la recibiría sin necesidad de trabajar por ella, y además sufrir el engaño de Laban su suegro. A Jacob todo le costó mucho más, porque en lugar de esperar lo necesario, procuraba generar sus deseos, de cualquier manera.

El Señor le había dicho a su madre: ***“Dos naciones hay en tu seno; dos pueblos se dividen desde tus entrañas. Uno será más fuerte que el otro y el mayor servirá al menor”*** (Génesis 25:23). Sin embargo, Jacob manipuló a Esaú, mintió a su propio padre y tuvo que salir huyendo para que su hermano no lo matara, temor que sintió durante años, incluso al momento de volver a su tierra.

Cuando deseamos algo, no debemos procurarlo con nuestras fuerzas, no debemos obtenerlo a como dé lugar.

Podemos creer que eso es fe, pero en realidad es imprudencia y orgullo. La fe nunca funciona forzando los tiempos y la voluntad de Dios. Si Dios ha preparado algo para nosotros, debemos saber que es bueno, y que a su tiempo las puertas se abrirán sin necesidad de que las estemos pateando.

José llegó a comprender que haber ido a Egipto fue algo necesario (**Génesis 45:5**). Sin embargo, no se produjo como él deseaba, todo fue violento y conflictivo. José había soñado con su destino, y eso se convirtió en un grato deseo para él, lo que seguramente nunca imaginó, es que para alcanzar lo prometido iba a tener que pasar semejantes procesos.

Ser traicionado y vendido por sus hermanos, fue necesario, trabajar como esclavo y ser acusado falsamente, fue necesario, estar preso injustamente durante unos años, fue necesario, y seguramente nada de eso fue deseado por José, pero con Dios, siempre es mejor lo necesario, porque al final se producen los buenos resultados.

Cuando la vida nos lleva por caminos con espinas, no debemos lamentarnos ni claudicar, lo que debemos hacer, es asegurarnos que estamos ahí por voluntad divina. Si esos caminos son necesarios, el destino estará asegurado. Lo que no debemos hacer, es buscar excusas proféticas, metiéndonos en caminos ajenos al propósito.

Cuando Moisés vio que los egipcios oprimían a los hebreos, procuró liberarlos con sus fuerzas, pero eso no le

funcionó (**Hechos 7:25**). Su deseo, aún no era una necesidad divina, y por tal motivo terminó huyendo con gran frustración. Cuando Moisés ya no deseaba hacer nada, se le apareció el Señor diciéndole que era el tiempo de liberar a Su pueblo.

Es decir, cuando Moisés tuvo un deseo, Dios no lo respaldó, porque todavía no era necesario. Cuando fue necesario, Moisés ya no tenía el deseo de ir (**Éxodo 4:13**). Sin embargo, esto es lo maravilloso de los diseños divinos, Él conoce los tiempos y las maneras indicadas de lograr sus objetivos, Él nunca se equivoca y nunca falla a Sus propósitos, en Él siempre debemos esperar confiados.

En definitiva, diría que las necesidades del mundo, son aquellas sin las cuales no es posible la supervivencia, pero en el Reino, las necesidades son aquellas sin las cuales, no se puede caminar en el propósito divino. Los deseos, por su parte, están compuestos de aquellas cosas que queremos tener o alcanzar para sentirnos mejor. Los deseos no son esenciales para la vida del Reino, pero ciertamente pueden hacernos momentáneamente más felices.

En el Reino las necesidades no son cuestionables, porque son determinadas por Dios. En cambio, los deseos responden al valor que nosotros le otorgamos a las cosas o las circunstancias. Sin dudas, las necesidades son más importantes que los deseos, lo que debemos medir es la disposición personal que tengamos ante cada cosa.



Es muy importante saber equilibrar las necesidades con los deseos, ya que aunque las primeras son siempre prioritarias, no quiere decir que los segundos no sean importantes. Satisfacer algunos deseos puede contribuir con nuestra felicidad y Dios siempre se complace en eso.

Marcar las diferencias para encontrar un pleno entendimiento, no lleva la intención de descalificar a nuestros deseos. Muchos de esos deseos pueden ser inofensivos al propósito y buenos en sí mismos. Dios puede aprobar nuestros deseos, o incluso sorprendernos, dándonos más de lo que pedimos (**Efesios 3:20**).

En el capítulo anterior mencioné a Salomón, y él mismo es un claro ejemplo de esto, porque al momento en que Dios le dijo: *“Pídemelo que quieras que yo te dé...”* (**2 Crónicas 1:4**), y Salomón le respondió: *“Dame ahora sabiduría y ciencia, para presentarme delante de este pueblo...”* O como dice **1 Reyes 3:9** *“Da, pues, a tu siervo corazón entendido para juzgar a tu pueblo, y para discernir entre lo bueno y lo malo...”*

Dios se agradó de ese deseo de Salomón, y por tal motivo determinó sorprenderlo diciéndole mucho más: *“Por cuanto hubo esto en tu corazón, y no pediste riquezas, bienes o gloria, ni la vida de los que te quieren mal, ni pediste muchos días, sino que has pedido para ti sabiduría y ciencia para gobernar a mi pueblo, sobre el cual te he puesto por rey, sabiduría y ciencia te son dadas; y también te daré riquezas, bienes y gloria, como nunca tuvieron los*

***reyes que han sido antes de ti, ni tendrán los que vengan después de ti” (2 Crónicas 1:11 y 12).***

Cualquier persona desearía obtener riquezas, bienes y gloria, pero Salomón priorizó su necesidad y solo pidió corazón entendido. Por cuanto hizo esto, el Señor le otorgó mucho más de lo que el joven rey pudo desear. Debemos estar claros de que Dios es bueno (**Salmo 34:8**), y está dispuesto a complacer nuestros deseos, solo demanda un justo enfoque de nuestra parte.

***“Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia, en Cristo Jesús, por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén”.***

Efesios 3:20 y 21

El apóstol Pablo dice que Dios es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, con lo cual es claro, que puede sorprendernos gratamente, al hacer o darnos más de lo que deseamos. Hay quienes piensan en Dios, como en un Padre severo, que no se complace en nuestra felicidad, pero eso es un gran error.

La bondad es parte de la naturaleza de Dios, y Él no puede contradecir Su naturaleza. El hecho de que Dios sea bueno significa que no tiene nada malo en Él, sus intenciones y motivaciones son siempre buenas, Él siempre hace lo que

es correcto, y el resultado de Su plan siempre es bueno. No hay nada desagradable, malo u oscuro en Él.

La Biblia enseña que la bondad de Dios se extiende desde Su naturaleza a todo lo que hace (**Salmo 119:68**). El Señor es bueno, Él no creó el mal, como algunos creen (**Habacuc 1:13; 1 Juan 1:5**). Por el contrario, el mal es la ausencia de bondad, es todo lo que Dios no es.

En una ocasión, un hermano me planteó, que estaba padeciendo un cáncer enviado por Dios para aprender algunas cosas, ante lo cual le pregunté: ¿Usted es padre? Él me dijo: “Sí”. Entonces le hice otra pregunta: ¿Usted le enviaría un cáncer a su hijo para que aprenda una lección? Me dijo: "No", de ninguna manera haría eso. ¿Cómo se le ocurre? Entonces le dije: Amado hermano, ¿cómo se le ocurre a usted, pensar que es mejor padre que Dios?

Jesús enseñó al respecto: *“Nadie le da a su hijo una piedra, si él le pide pan. Ni le da una serpiente, si le pide un pescado. Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, con mayor razón Dios, su Padre que está en el cielo, dará buenas cosas a quienes se las pidan”* (Mateo 7:9 al 11 TLA). Es claro que pensar en Dios, como un Padre poco generoso, es un disparate.

La bondad de Dios debe llevarnos a la gratitud de nuestra parte. *“Alabad al Señor, porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia”* (Salmo 107:1; 1 Crónicas 16:34; Salmo 118:1). Es cierto que Dios tiene sus demandas,

pero todas ellas redundan para bien. Si analizamos lo mucho que nos ha dado, llegaremos a una clara conclusión, que nos ha dado mucho más de lo que hemos pedido o esperado, y sin dudas, mucho más de lo que hemos merecido.

Muchas personas, al ver en el mundo, guerras, hambrunas, enfermedades mortales, catástrofes, accidentes y otras desgracias, concluyen que Dios no existe o que es injusto, permitiendo que suframos tanto, pero lo que nadie analiza es la maldad humana. Analizan todo como este hermano, que se autopercibía como buen padre, pero consideró que Dios le mandó un cáncer para enseñarle algo.

Las personas dicen: Si Dios fuera bueno, evitaría que sufriéramos, nos complacería ante los buenos deseos, y nos conduciría hacia la felicidad absoluta. En definitiva, muchos concluyen que no existe, o que simplemente no se interesa por nosotros, pero pocos analizan la actitud de los seres humanos para con Dios.

Nuestra inclinación natural, como seres humanos, es vivir para nosotros mismos, olvidando la bondad de Dios (**Salmo 78:11**), amando la oscuridad y practicando el mal (**Juan 3:19**). Sin embargo, el pináculo de la bondad de Dios está en Su plan perfecto para nuestra redención a través de Jesucristo. Justamente al evangelio del Reino, se le conoce como “las buenas nuevas”, porque nos revela que Dios envió a Su propio Hijo para ofrecernos eterna redención.

Es la bondad de Dios la que nos alcanza con Su gracia. Sin Su obra soberana, ni siquiera podríamos arrepentirnos. ***“La bondad de Dios tiene como objetivo llevarnos al arrepentimiento” (Romanos 2:4).*** Él desea que ***“todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9),*** pero como nadie lo hace, de manera soberana, se imparte sobre algunos de nosotros, no porque lo merezcamos, sino simplemente porque así lo determina desde Su gracia.

A medida que caminamos con Dios, comenzamos a ver y a valorar Su bondad obrando en nuestras vidas. Mientras procuremos Su voluntad, Él seguirá revelándonos más y más de Su bondad (**Lamentaciones 3:25**). Una vez que hayamos probado y visto la bondad de Dios por nosotros mismos, nada más nos saciará (**Salmo 34:8**), y nunca más cuestionaremos Sus obras, ni juzgaremos Su aparente pasividad ante ciertas desgracias necesarias.

*“Dios es demasiado bueno para ser cruel y es demasiado sabio para equivocarse. Así, cuando no podemos rastrear su mano, debemos confiar en su corazón”*

Charles Spurgeon

Dios se deleita en ser generoso con nosotros cada día. Por tanto, oremos y pongamos nuestras necesidades ante Dios. Un mandato repetido por Jesús es: ***“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mateo 7:7).*** Pidamos a Dios Su voluntad, pidamos que venga a nosotros lo necesario, porque Sus

planes son buenos, agradables y perfectos (**Romanos 12:2**), pidamos aprobación para nuestros deseos, diciendo que los queremos, siempre y cuando Él los considere correctos, pidamos paz, pidamos gozo y pidamos felicidad para disfrutar la vida, sabiendo que nuestro Padre es bueno.

Dios no desecha nuestros deseos, pero demanda que busquemos y aceptemos primero todo lo que Él considere como necesario. Cuando se nos revela Su bondad, perdemos el temor y llegamos a comprender que en el Reino, lo necesario siempre va primero y que, por ello, siempre seremos recompensados. Dios se agrada de los humildes y una clara manifestación de la humildad, es doblegarnos a lo necesario y solo desear lo que Dios desea.

***“Gustar, y ver que es bueno el Señor;  
Dichoso el hombre que confía en Él”***  
Salmo 34:8



## Capítulo tres

# NECESIDAD DE REGENERACIÓN

*“Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.*

*Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?*

*Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.*

Juan 3:1 al 8

En el Reino hay una necesidad absoluta llamada regeneración, que es una obra integral de Dios, quien nos otorga una vida nueva a través de Su gracia en la persona de Jesucristo (**Tito 3:5**). Nadie puede recibir la regeneración por deseo personal, sino por voluntad divina. Esta aclaración parece una simple obviedad, pero no lo es, porque este error es uno de los más aceptados en la iglesia actual.

Cuando alguien nos predica que debemos aceptar a Jesús para recibir vida eterna, no nos está predicando el evangelio del Reino. La salvación no se produce por elección nuestra, sino por elección divina (**Efesios 1:3 al 7**). Cuando nacimos de nuestros padres, nosotros no elegimos nacer, ni siquiera tuvimos que aceptar la vida, simplemente nacimos. Como hijos de Dios nos ocurre lo mismo, nuestro Padre nos dio vida y su vida, que es luz (**Juan 1:4**), nos permitió ver, para obtener convicción de pecado (**Juan 16:8**), para confesar (**Romanos 10:10**), y para entrar en arrepentimiento.

Esto último también es causa de mucho error, ya que el arrepentimiento es “*Metánoia*” que significa, cambio de pensamiento, lo cual no puede experimentar alguien no regenerado. El cambio de pensamiento viene por la vida nueva que es Cristo en nosotros. Cuando predicamos el evangelio del Reino, debemos contar sobre la obra gloriosa que Jesucristo consumó a favor de los hombres, pero el entendimiento y la vida son una obra integral de Dios.

Nosotros debemos hablar bajo el poder de la unción, y no podemos hacer más. La impartición de la vida la produce



Cristo, que es la verdadera vida (**1 Juan 5:12**). Cuando Su semilla entra en un corazón, la vida se dará por naturaleza genética. Es necesaria la obra de Dios, porque ningún hombre puede acceder a esa gracia de manera voluntaria.

No debemos enseñar lo que Jesús le dijo a Nicodemo y luego decirle a la gente que tiene que determinar nacer de nuevo. Eso es imposible, nadie puede determinar nacer. El apóstol Pablo escribió: ***“Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo, por gracia sois salvos”*** (**Efesios 2:5**). Debemos estar claros de que los muertos no eligen, solo pueden ser elegidos por Dios para recibir el poder de la resurrección en Cristo.

Dicho esto, debemos comprender que la regeneración es necesaria, porque nuestra vieja vida de pecado está corrompida y no tiene arreglo alguno. No somos llamados a cambiar, por ir a la Iglesia; eso es lo que algunos predicán, somos llamados a perfeccionar la nueva vida que hemos recibido por la gracia del Señor. Los ministros no tienen la tarea de educar a pecadores, sino de madurar a renacidos.

Nadie puede vivir Reino sin regeneración, porque la vieja naturaleza es ingobernable, está corrupta y no hay esperanza en ella. Nicodemo era un maestro de la Ley, un hombre que conocía perfectamente las Escrituras, pero eso no le alcanzaba para ver el Reino, y mucho menos para entrar en él. En otras palabras, alguien puede conocer muy bien la Biblia, pero si no ha nacido de nuevo, no puede vivir bajo el gobierno de Dios.

Cuando una persona, comienza a congregarse y a practicar la fe sin regeneración, solo puede practicar religión, pero no puede vivir Reino. Los frutos espirituales de los cuales enseña Pablo en **Gálatas 5:22 al 24**, no pueden ser producidos por una naturaleza pecaminosa, sino por una vida nueva. Los frutos siempre son el resultado de una naturaleza, no de una decisión. Un naranjo producirá naranjas por naturaleza, no porque alguien le ha enseñado.

La idea no es discipular a los pecadores para que cambien, sino discipular a los renacidos para que den fruto a través de la vida de Cristo que han recibido. Reitero esto, debemos tener muy en claro, que nacer de nuevo no es el resultado de un deseo humano, sino la voluntad Divina, soberana y absolutamente necesaria para vivir Reino.

***“Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”.***

Romanos 6:4

Así como la nueva vida debe madurar para manifestarse con mayor plenitud, la vieja naturaleza debe morir cada día. Despojarnos del viejo hombre, tal como enseñó Pablo en **Efesios 4:22**, no es un suceso consumado, sino una realidad presente con la cual debemos lidiar por la fe cada día. La sangre de Jesucristo nos ha limpiado de todo pecado (**1 Juan 1:7**), pero la revelación de la cruz es la que nos permite matar al pecador.

La regeneración no solo es necesaria porque nuestra vieja naturaleza está corrompida y sin posibilidades de salvación, sino también porque en la regeneración el Señor nos imparte Su vida increada, con lo cual no solo recibimos Su semejanza, sino también sus virtudes, entre las cuales está Su eternidad.

Dios no ha planificado hacer eterno al pecador; por el contrario, el destino de todo pecador ya fue resuelto en Adán. El Señor le dijo: **“Si comes ciertamente morirás...”** (Génesis 2:17). El apóstol Pablo escribió: **“Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”** (Romanos 5:12). Es por esto que Jesucristo nos llevó a la cruz, para que esa justicia sea cumplida en Él, y luego resucitó para darnos una vida santa, libre de toda condenación.

El propósito de la regeneración es que recibamos la vida de Dios, y que podamos ser como Él, en la persona de Cristo. Jesús le dijo a Nicodemo que era necesario nacer de nuevo, porque la primera vez nacimos de nuestros padres, pero la segunda vez nacimos de Dios. Antes de ser alcanzados por la gracia, no teníamos vida espiritual, pero cuando el Señor nos dio Su Espíritu Santo, fuimos vivificados en Él, y metidos en Su cuerpo.

El evangelio del Reino, no puede ser vivido fuera de Cristo, y la única manera de vivir en Él, es recibiendo Su vida, y muriendo a la nuestra. La vida es recibida por Su

gracia, y la muerte en el Calvario fue un hecho consumado. Sin embargo, la muerte del “yo” en la práctica, es el resultado de nuestra gestión diaria, impulsada por la fe, por eso Pablo dijo: ***“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”*** (Efesios 4:22 al 24).

Observemos que Pablo dice ***“Despojaos”***, no dice: ***“Dios los despojará”***. Es nuestra decisión diaria, el tomar la cruz y negarnos a nosotros mismos, para vivir en el poder de la resurrección. Cuando me refiero al poder de la resurrección, tampoco lo hago con la intención de anticipar lo perfecto. En la venida del Señor y el día de la resurrección de los muertos, entraremos en las dimensiones de lo perfecto, pero hoy en día, ya podemos vivir los anticipos de Su extraordinaria gracia.

Es muy triste cuando algunos maestros, enseñan que el Reino será establecido luego de la venida del Señor, cuando en realidad, el Reino ya fue establecido por Jesucristo y desde Su encarnación, muerte y resurrección, nosotros solo debemos manifestarlo. Su venida traerá lo perfecto, pero nosotros hoy, ya disfrutamos de las arras de Su herencia y debemos saber que tal cosa es extraordinaria.

Todavía tenemos algunas batallas contra el pecado, todavía lidiamos con la vieja naturaleza, todavía vivimos en lo imperfecto de un sistema gobernado por Satanás, todavía

padecemos las hostilidades del mundo, pero en nuestro interior, ya disfrutamos la justicia de Dios, la paz que sobrepasa todo entendimiento, y el gozo espiritual que nos fortalece (**Romanos 14:17**). El triunfo ha sido consumado por el Señor (**Colosenses 2:15**), nosotros solo batallamos en la fe hasta Su venida.

El Reino tampoco se manifiesta en nuestra vida, evitándonos todos los problemas, o solucionando todos los conflictos. Incluso muchas de esas cosas, tal como veremos en capítulos siguientes, pueden ser absolutamente necesarias. Lo que garantiza el Reino es la expresión de Cristo a través de la nueva naturaleza recibida. Eso nos otorga sus virtudes, dones, talentos y capacidades. Vivir en Él, es lo más hermoso que podemos experimentar en esta vida terrenal.

El comprender la regeneración es absolutamente necesario, para las pretensiones de una vida espiritual efectiva. Cuando el liderazgo pretende el funcionamiento de creyentes, sin la evidencia de una vida espiritual regenerada, solo lo llevarán a la práctica de la religión, y cuando esto ocurre, la Iglesia no puede ser eficiente en su expresión corporativa.

No podemos expresar plenitud, si los miembros del cuerpo no están plenos, y no se puede pretender tal plenitud sin la gracia de la nueva vida. La religiosidad nos ha causado mucho daño. El mundo no necesita una religión más, lo que necesita es la expresión del gobierno de Dios, y debemos trabajar para eso a través de la nueva vida.

La regeneración es una necesidad, porque nos otorga la naturaleza divina, y solo a través de esta naturaleza, podemos fructificar para Dios. Las demandas del Reino, nunca descansan en nuestra humanidad, siempre están dirigidas a la expresión de Cristo. La Iglesia no está compuesta de un montón de gente que cree en Dios, sino de hijos que viven en Cristo y expresan Su esencia.

La recepción del Espíritu Santo es lo que nos permite entender y vivir en la voluntad de Dios. No puede un pecador comportarse como santo, de la misma manera en que un árbol malo, no puede dar frutos buenos (**Mateo 7:17 al 19**). La regeneración es lo que nos convierte en árboles buenos, capaces de dar frutos para alabanza de Dios.

Cuando recibimos la vida de Dios, recibimos Sus capacidades y Su plenitud (**Colosenses 2:9 y 10**). La regeneración es necesaria porque nos proporciona un corazón nuevo (**Ezequiel 36:26**), y solo a través de ese corazón se puede discernir la perfecta voluntad de Dios. Las personas no regeneradas, pueden tener Biblia y pueden estudiar teología, pero no pueden comprender la voluntad de Dios desde la revelación, porque la ley espiritual de la vida es impresa por Dios en nuestro ser interior, no por una enseñanza extraída de un libro.

La fructificación producida por la vida de Dios en nosotros, no se manifiesta por simples cambios de conducta. Si bien es lógico que se produzca tal evidencia, no es una garantía de regeneración. Las personas que practican

religiones ajenas al Reino, suelen cambiar sus conductas, incluso volviéndose piadosos en su forma de vivir, pero la vida de Dios no está operando en ellos.

Sus doctrinas pueden instruirlos intelectualmente y pueden modificar sus normas de moralidad; esto ciertamente generará cambios de conducta, pero no pueden producir cambios de naturaleza. El evangelio del Reino, no vino a producir gente capaz de portarse bien, sino a seres humanos renacidos, capaces de producir, de manera natural, el fruto de una nueva vida.

En **Génesis 2:9**, vemos que el Señor hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer, también el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. No dice que al árbol prohibido, era el árbol del mal, sino que era el árbol del bien y del mal. Esto es porque los seres humanos, somos capaces de pensar y actuar, tanto bien como mal. Lo que debemos comprender es que ambas cosas, fuera de la voluntad de Dios, no contribuyen al propósito, porque no portan la esencia divina.

Históricamente, conocemos, la vida de algunas personas que realizaron proezas extraordinarias de bien. Esto pudo ser muy bueno para ellos, o incluso para muchas personas, pero si todo lo realizado fue ajeno a la vida de Cristo, Dios no fue glorificado. Jesús dijo al joven rico: ***“¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie que sea bueno, sino sólo Dios...”*** (Marcos 10:18). Jesús dijo esto como hombre, dejando en claro, que no importa cuánto o qué, los

seres humanos puedan hacer, nadie alcanza la medida ante el Trono de justicia.

Mahatma Gandhi fue el dirigente más destacado del movimiento de independencia de la India, fue un pacifista que comandó una desobediencia civil no violenta, y sus obras fueron muy destacadas, pero permaneció como hinduista toda su vida. Es decir, él admiró a Jesús como persona, pero nunca creyó en su obra de redención. Ciertamente, fue un buen ser humano para el mundo, pero para Dios, nadie puede ser bueno fuera de Cristo.

Algunos célebres personajes de la cultura, son abiertamente satanistas. Sin embargo, cada tanto pueden hacer el bien, donando cifras millonarias para los hambrientos del mundo. Sin dudas, esto es muy bueno para la sociedad, y es genial que colaboren, pero delante de Dios, no son buenos por eso, simplemente están ajenos a la vida de Cristo, y es necesario que estén en Él para recibir verdadera justicia.

El judaísmo ortodoxo, el hinduismo, el bahaísmo, el islam no radicalizado, el taoísmo, el sintoísmo, el jainismo, o sectas como la cienciología, los testigos de Jehová, los mormones, y tantas otras, no están llenas de gente mala, que hacen daño a la sociedad, que son asesinos o que son violentos con el prójimo. Muchos de ellos pueden ser buenas personas para el mundo, pero delante de Dios, no poseen ninguna justicia, están perdidos y sin posibilidades de vivir en comunión con Él, o de ser librados de la condenación.



Si alguien quiere ver el Reino, o entrar en él, la regeneración no es una opción, es una necesidad absoluta, establecida por Dios, no por la religión cristiana. De hecho, dentro de la Iglesia, hay muchas personas que tratan de hacer el bien, que dicen creer en Dios, pero que no han recibido la vida de Cristo. Estas personas practican el cristianismo, pero no pueden vivir en el Reino.

En mis visitas al continente europeo, he visto algunas ramas del catolicismo romano, que son absolutamente idólatras. La devoción por las vírgenes y los santos es realmente espeluznante. A pesar de que en Latinoamérica hay mucha idolatría, no había visto nunca ese grado de fanatismo católico. Hay personas que se lastiman, que gritan, que lloran y que hacen todo tipo de esfuerzos para honrar a esas estatuas de yeso. No son malas personas, y dicen creer en Dios, pero la ausencia de la regeneración, los mantiene en absoluta oscuridad.

Todo lo que estas personas hacen, puede tener una clara apariencia de piedad para el mundo, pero delante de Dios, todo eso es una simple abominación carente de justicia. Lo único aceptable para el Padre, es lo que se manifiesta en la persona de Cristo. Fuera de Cristo no hay justicia, no hay redención, no hay comunión posible con Él, y no hay entrada a Su Reino.

***Jesús dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”.***

Juan 14:6

## Capítulo cuatro

# LA NECESIDAD DE LA FE

*“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, Y que es galardonador de los que le buscan”.*

Hebreos 11:6

Una ilustración sobre la fe, que me pareció muy interesante, dice así: Un experto equilibrista que podía caminar sobre una cuerda extendida en el aire y hacer sobre ella diversas piruetas acrobáticas, intentó hacer algo maravilloso: extendió una cuerda entre dos edificios de más de treinta pisos de alto, y se propuso caminar sobre la cuerda. La multitud de espectadores esperaba impresionada ante semejante osadía.

Al bajar, todos lo aplaudían con emoción, entonces él les preguntó: ¿Cuántos creen que yo puedo caminar nuevamente de un lado a otro? Al escucharlo, todos los presentes gritaron con fervor. ¡Sí, creemos! El equilibrista

cruzó nuevamente y se dio el gusto de hacer algunas piruetas en la mitad del recorrido.

La multitud estaba emocionada por lo que estaban presenciando, cuando el equilibrista volvió a preguntar: ¿Cuántos creen que puedo volver a pasar de un lado a otro? La gente, con una gran sonrisa, contestó: ¡Sí, creemos, claro que creemos! Entonces el habilidoso personaje preguntó: ¿Y si lo hago empujando una carretilla con carga? Las personas, sin dudar, dijeron: ¡Sí que podrá, no hay dudas de que lo hará!

Todo el mundo se asombró, porque vieron al equilibrista, tomar una carretilla, cargarla con pesados melones y cruzar al otro lado. Esta vez los gritos fueron con mayor fervor y con más admiración que al principio. Todos comentaban que ciertamente este hombre era un verdadero genio caminando sobre la cuerda.

Al volver, el equilibrista se inclinó ante la multitud, recibió un cálido aplauso y luego preguntó: ¿Cuántos creen que yo puedo cruzar con una carretilla llena de ladrillos? Y una vez más, gritaban: ¡Sí, creemos! El hombre logró hacerlo, y la gente se volvió loca de asombro y alegría. Todos aplaudían y gritaban. Entonces el equilibrista inventó una nueva maravilla y les dijo: Ahora les enseñaré mi truco más peligroso: ¿cuántos creen que puedo cruzar de un lado a otro, con una persona metida en la carretilla?

Todo el mundo estaba emocionado, y gritaba enloquecidamente, diciendo: ¡Sí, creemos! ¡Sí creemos!

Entonces el equilibrista les hizo la gran pregunta: ¿Hay algún voluntario que quiera subirse a la carretilla? Entonces, nadie respondió, solo se escuchó un murmullo, a la vez que miraban de un lado a otro, como buscando un voluntario. Al final, nadie levantó su mano y todos bajaron la mirada, pensando que les había sido fácil responder positivamente las preguntas anteriores del osado equilibrista, simplemente porque eran espectadores, y en tal caso, ninguno había corrido riesgo observando.

Esto es lo que muchas veces ocurre en la Iglesia: muchos dicen tener fe, muchos aplauden las hazañas de Moisés, de David, de Elías o de Daniel, pero a la hora de manifestar la fe en sus vidas personales, tristemente evidencian la incredulidad. Es fácil aplaudir a Pedro caminando sobre el agua, o incluso reírnos cuando se hundió en el mar, pero ¿cuántos de nosotros hemos caminado sobre las aguas como él?

La fe verdadera resulta difícil para muchos cristianos; subirse a la carretilla del Reino, no es tan fácil como parece. Todos conocemos el famoso versículo de **Hebreos 11:1**, que dice: *“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”*. Estamos de acuerdo con esto, y no dudamos de que es así, pero a la hora de vivir la fe, no todos logran quedar convictos de algo invisible.

La fe es la certeza de haber oído a Dios diciendo algo, y la convicción producida al ver espiritualmente algo invisible en la dimensión natural. De todas maneras, si me

preguntan, aclaro que yo no me subiría a esa carretilla del equilibrista, porque no confío en ningún hombre para incluirme en semejante hazaña, pero si fuera Dios el que plantea el desafío, la cosa cambiaría radicalmente.

El problema surge en muchas ocasiones, cuando nos subimos a una carretilla a la que Dios nunca nos invitó a subir. Entonces, corremos riesgos innecesarios. No importa cuánto tratemos de espiritualizar algunos desafíos, si Dios no habló, la carretilla no es del Reino.

El autor a los Hebreos dice que sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que nos acerquemos creyendo en Él y creyéndole a Él. Ambas cosas son absolutamente necesarias, pero la segunda nos mete en mayor compromiso. Es decir, si no creemos en Dios es porque estamos en tinieblas y en tal caso, necesitamos que Él determine alcanzarnos con Su gracia para impartirnos vida y para impartirnos luz, con lo cual, no solo veremos, sino que también creeremos que Él existe. Sin embargo, habiendo ya creído en Su existencia, solo queda en nosotros creerle lo que Él dice.

En ocasiones he dado este ejemplo en mis enseñanzas. Si alguien dijera que yo no existo, que ha escuchado hablar de mí, pero que no cree en mi existencia, no me ofendería; por el contrario, creo que tal situación me causaría algo de gracia. Además, sería muy fácil para mí, presentarme ante esa persona, mostrarle mi documento de identidad, y demostrarle que está equivocada, probándole que sí existo. Sin embargo,

todo sería diferente si esa persona dice que sí cree que yo existo, que me conoce muy bien, pero que no cree nada de lo que yo digo. Eso sí, me parece que sería muy triste y mucho más doloroso para mí.

Lo mismo ocurre con Dios, si alguien no cree en Él, es porque habita las tinieblas y no puede verle. La ausencia de vida espiritual impide la comprensión de esta realidad. Es cierto que Pablo plantea que la creación misma debería revelar Su existencia (**Romanos 1:20**), pero todos sabemos que esa lógica no se produce sin la intervención divina. Ahora bien, si alguien ha recibido esa gracia en Cristo, y después de Su revelación no cree lo que Él dice, es mucho peor y ciertamente ofensivo contra el Padre.

Cuando Dios sacó a los hebreos de la cautividad de Egipto, el problema no fue que creyeran en Él, eso fue un hecho consumado, porque Sus manifestaciones fueron extraordinarias. El gran mal de los hebreos, fue no creer lo que Dios estaba diciendo de la tierra y de sus posibles enemigos. Después de todo lo que habían visto al salir de Egipto, debieron estar absolutamente persuadidos por Sus Palabras, pero no fue así, y eso les trajo un gran perjuicio.

En el Reino, la fe es absolutamente necesaria si es que pretendemos agradar a Dios. Como sus hijos estamos llamados a crecer que estamos seguros en las manos de nuestro Padre. El problema es que muchos dicen creer, pero no se suben a la carretilla de ningún desafío, porque en realidad tienen miedo. No se acercan a la cuerda floja, viven

como personas naturales, produciendo solo con el sudor de sus frentes, haciendo todo con sus propias fuerzas, pero diciendo que creen en el obrar divino.

Mencionando como ejemplo al padre de la fe, el apóstol Pablo escribió: *“Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara” (Romanos 4:19)*. Para la mente natural, no había lógica en la promesa del Señor; era imposible que se pudiera producir un nacimiento de una mujer estéril y un hombre demasiado anciano.

Sin embargo, todos sabemos que Abraham no se preocupó de tal imposibilidad, no dudó por incredulidad, sino que se fortaleció dando gloria a Dios. De acuerdo con lo mencionado por Pablo, Abraham no le dio importancia a la manera en que Dios cumpliría su promesa. Él no pensó en los obstáculos que tenía esta promesa ilógica, se subió a la carretilla del Reino y saludó a todos gritando desde las alturas que se llamaba “Abraham”, que significa: “Padre de multitudes”.

En realidad, la mayor honra que le podemos hacer a Dios es creerle. La historia del equilibrista no terminó en frustración, y nosotros tenemos esperanza. Es decir, es cierto que la gente hizo un silencio sepulcral y que todos bajaron la vista algo avergonzados. Todos habían gritado fervorosamente que creían, pero al final no era tan así.

Ninguno confió plenamente en el equilibrista, pero la historia dice que entre la multitud surgió un niño que rápidamente dijo: ¡Yo creo! Y corriendo se subió a la carretilla. Todos miraron asombrados, como buscando una explicación de quién era ese niño, o cómo sus padres permitían algo así. Sin embargo, el equilibrista y el niño, encima de la carretilla, avanzaron sobre la cuerda floja, y pronto llegaron al otro lado. Ese niño era el hijo del experto equilibrista, que confiaba totalmente en su padre. Él simplemente creía en los dichos y la obra de su padre, es por eso que se subió a la carretilla tan confiado.

Nuestra fe no debe ser movida por las circunstancias cotidianas, ni por las crisis financieras que nos afectan, ni por los problemas que nos sacudan, o lo que sea que esté pasando a nuestro alrededor. Nuestra fe debe estar firme, sabiendo que tenemos a Dios por Padre. Él es el experto equilibrista que nos hará caminar a veces por angostas sendas de rectitud para cumplir su palabra. El autor a los hebreos escribió:

***“Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay. Y que es galardonador de los que le buscan”.***

Hebreos 11:6

En el Reino la fe es una necesidad. No podemos agradar a Dios, ni tener una buena comunión con Él si no operamos en la fe. Todas las personas tienen una medida de fe natural. Esa es una fe que procede del alma, pero esa no es la fe que otorga la vida de Dios. Pablo menciona la fe como



fruto del Espíritu; por lo tanto, la fe que Dios exige en el Reino, no es la del alma, no es la fundada en las emociones o en los sentidos físicos, sino aquella que es producida a través de la vida espiritual.

El Espíritu Santo es la vida de Cristo en nosotros, la vida es la luz que nos permite ver, y el ver es lo que produce en nuestro corazón la revelación de la voluntad del Padre. Cuando la gracia de Cristo nos alcanza, somos justificados, y el autor a los hebreos dice claramente que el justo vivirá por fe, y que si retrocediere, no agrada al Señor (**Hebreos 10:38**).

La fe no es una opción, es una necesidad absoluta para la vida del Reino. Debemos entender que, así como los sentidos nos conectan con el mundo natural, la fe nos conecta con el mundo espiritual. La fe verdadera no es una simple confianza, o una esperanza basada en lo que está escrito en un libro. La fe es lo que le otorga sustancia a las verdades eternas del Reino.

Así como una persona ciega no puede ver los colores, la gente sin fe, no puede ver el Reino. De la misma forma en que un ciego no puede comprender cuando alguien le explica los colores, la gente no puede comprender lo que estamos viendo cuando hablamos del Reino.

Cualquiera puede entrar a la práctica de una religión, pero nadie puede entrar al Reino, si no recibe la vida de Cristo, porque en la regeneración está el sentido de la fe.

Muchos creen que la fe ciertamente es ciega, y eso es cierto siempre y cuando, hagamos referencia a los ojos naturales, porque espiritualmente no es así. La fe es justamente la que nos permite gestionar la revelación recibida.

Considerando la necesidad de la fe para la vida de Reino, debemos analizar su origen, porque todos los hijos de Dios deseamos tener mucha fe, y todos en algún momento nos hemos preguntado: ¿Qué hacer para obtener más fe? La idea, no solo es la de poder avanzar en el propósito, sino la de agradar a Dios, obedeciéndole en todo desafío. Por eso, nos frustramos mucho cuando sentimos que ciertamente somos muy escasos en la fe.

Al menos es lo que nos ocurre a la mayoría, cuando escuchamos algún destacado testimonio de un ministro famoso, o simplemente cuando vemos las hazañas de los héroes bíblicos. Nosotros somos iguales que cualquier ministro famoso, y tenemos mucho más que esos héroes bíblicos del Antiguo Testamento, deberíamos sentirnos así, pero en realidad, refiriéndome de manera general, aunque pueda haber excepciones, nos sentimos faltos de fe.

Pensamos que si tuviéramos más fe, haríamos obras más arriesgadas para conquistar metas que glorifiquen a Dios. Sin embargo, muchas veces sentimos que no somos capaces de tales obras. Cuando nos ocurre esto, asumimos que nos falta fe, o que no estamos haciendo lo suficiente para producirla, o que lamentablemente somos más incrédulos de lo que pensábamos y no hay remedio para ello. Eso es muy

frustrante, y por tal motivo, debemos analizar el origen de la fe.

Debo decir, con autoridad, que nosotros no somos la fuente de la fe, así que no debemos esperar hallar en nosotros mismos una fe mayor de la que tenemos. Esto quiere decir, que no podemos hacer nada para encontrar más fe en nosotros mismos, porque la fe es parte de la gracia. Observemos lo que escribió el apóstol Pablo:

***“Porque por gracia habéis sido salvados mediante la fe; esto no procede de vosotros, sino que es el regalo de Dios”***  
Efesios 2:8 BAD

Aquí el apóstol está hablando de la fe, diciendo que somos salvos por gracia, que la fe solo es un medio para alcanzar lo que por gracia el Señor en Su soberanía determina otorgarnos. Sin embargo, deja en claro que al ser gracia, no hay nada que podamos hacer para obtener la salvación, excepto expresar lo que va en el medio: “La fe”.

La gracia es indiscutiblemente divina, pero algunos interpretan que la fe es lo que debemos aportar nosotros, anteponiéndola para recibir todo lo que el Señor desea otorgarnos. El problema es que nosotros no podemos tener verdadera fe espiritual, si no la recibiéramos de antemano. Debemos asumir que si la gracia nos entregara algo a través de nuestras virtudes, o capacidades, así sea la fe, simplemente dejaría de ser gracia.

Esto sería semejante a que alguien nos dijera que simplemente nos regalará mil dólares, pero que debemos acomodar en un granero dos mil bolsas de trigo. En tal caso, lo que se encuentra en medio de los dólares y nuestro deseo, sería el trabajo. Es decir, nadie podría presumir que nos regaló por gracia, algo que tuvimos que conseguir por medio de la expresión de una capacidad.

Dios nos otorgó la salvación, y nos otorga todas las cosas, por Su soberana gracia. Entre lo que Dios ha deseado darnos está la fe. Dios no pretende colmarnos de bendición a cambio de algo. No podemos alcanzar las riquezas de Su gracia por medio de nuestras capacidades.

En el Antiguo Pacto, encontramos que las bendiciones eran el resultado de la obediencia, así como las maldiciones eran el resultado de la desobediencia (**Deuteronomio 28**). En el Nuevo Pacto, la obediencia fue consumada por Cristo, nosotros somos justos y merecedores por Él. Esa es la gracia, ya no hacemos cosas para obtener, sino que creemos en lo que Jesucristo hizo. Nosotros solo vivimos en Él, para ser alcanzados por todo lo necesario.

Esto tampoco nos mantiene pasivos, con la simple idea de recibir. No se puede vivir en Cristo y estar pasivos, simplemente porque la dinámica de Su vida no lo permite. Pablo dijo que en Él vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**). No se puede tener fe y no producir obras (**Santiago 2:17**), porque justamente esa es la evidencia de que Cristo vive.

El Señor nos otorga una medida de fe, porque la fe es el resultado de Su misma gracia. Observemos otro de los pasajes que confirma esto:

***“Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno”.***

Romanos 12:3

Hay una medida de fe repartida por el Señor, y ante esto, nosotros ciertamente tenemos la responsabilidad de hacer que esa medida pueda crecer. La pregunta sería: ¿Es posible el crecimiento de la fe? Sin duda que sí, porque la fe no es estática, sino dinámica. Observemos esto:

***Jesús les dijo: “Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible”.***

Mateo 17:20

La enseñanza de Jesús es que hay cosas que son imposibles en lo natural, pero que con la fe en el Dios grande que tenemos, aunque sea una fe muy pequeña, se puede lograr. Sin embargo, no compara la fe con una pequeña piedra sin vida, sino con una semilla muy pequeña, pero con ciertas virtudes muy interesantes.

La planta de mostaza es una hierba de rápido crecimiento anual, crece hasta medir tres o cuatro metros en solo unos pocos meses. Sin dudas era la semilla más pequeña que plantaban los judíos en sus huertos, por lo que lo llamaban el grano más pequeño, pero una vez que crecía, era la planta más grande del huerto.

Jesús utilizó el grano de mostaza para dar un ejemplo indiscutible sobre el potencial de un pequeño grano. La fe es semejante en sus virtudes, puede que en un primer momento sea mínima, pero si la sostenemos profundamente, terminará dando su fruto.

Por otra parte, no olvidemos que lo que guarda el corazón lo termina hablando la boca (**Lucas 6:45**). Jesús claramente dio a entender, que la fe se planta al hablar: “***Si tienen fe como un grano de mostaza, podrán decir...***” Sin dudas, para tener una fe fructífera, debemos declarar lo que estamos creyendo y avanzar en ello.

Sin dudas, la fe es otorgada por Dios en una medida particular para cada uno, pero es nuestra responsabilidad lograr su expansión. Una vida de comunión profunda con el Espíritu Santo, sin dudas, nos ayudará a conservar, hablar y poner por obra lo que estamos creyendo en Cristo. Esto no debe ser una opción, sino una necesidad para todos los hijos de Dios.

El paso del tiempo ha cambiado la dinámica de la Iglesia, y en muchos aspectos esto ha sido bueno, pero

respecto de la fe, creo que hemos perdido un gran porcentaje de su manifestación. Hoy en día todos creen que Dios es Todopoderoso para obrar sobrenaturalmente, pero la mayoría de los logros que se evidencian, son a niveles absolutamente posibles. La fuerza natural es la que está produciendo los mayores resultados, y no importa cuánto de eso sea atribuido al obrar divino, ciertamente no puede glorificar a Dios.

Hoy en día, los cristianos, no estamos provocando al cielo para su manifestación. Avanzamos hasta donde creemos que podemos y luego se lo atribuimos a Dios, pero esa no es la realidad presente del Reino. Debemos activar nuevamente la fe de lo imposible, debemos creer aquello que está fuera de nuestro alcance, debemos pedir a Dios que nos impulse a las grandes conquistas, porque eso seguramente impactará a todo nuestro entorno.

No me refiero a procurar milagros caprichosos, me refiero a desear la manifestación sobrenatural del Reino, tal como nos enseñó Jesús. Cuando Juan el Bautista estaba preso, sufrió una crisis de fe, entonces envió a sus discípulos a preguntarle a Jesús si él, realmente era el Cristo. Jesús no se enojó por eso, sino que les dijo: ***“Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio...”*** (Mateo 11:4 y 5).

El Reino es sobrenatural para los naturales y naturalmente poderoso para los espirituales. No debemos

dejar de lado su dinámica, no debemos pensar que el tiempo de los milagros ha pasado, debemos recuperar la fe que produce y que evidencia el obrar de nuestro maravilloso Señor. En el Reino la fe no es una simple manera de expresarnos, es la esencia que produce un sentir, un decir y un obrar absolutamente necesarios.

***“De cierto os digo que si tenéis fe y no dudáis, no solo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte decís: ¡Quítate y échate al mar!, será hecho”.***

Mateo 21:21





## Capítulo cinco

# LA NECESIDAD DE LOS PROCESOS

*“Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente. Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvenirle. Pero él, volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.*

*Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará. Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?*

Marcos 8:31 al 37

En el Reino, vemos a través de Jesús, que hay ciertas necesidades ineludibles. Vemos que Él mismo enseñó que le era necesario padecer mucho. Él no era ajeno a los procesos que estaban programados por el Padre, procesos que, por cierto, eran absolutamente necesarios para la consumación de Su propósito, pero que incluían un gran sufrimiento físico y emocional.

Desde el comienzo de Su encarnación, Jesús tuvo que enfrentar procesos muy difíciles. Él era un ser divino, dotado de todos los privilegios y virtudes de esa divinidad, pero tuvo que tomar lugar en el cuerpo de un pequeño niño nacido en Belén. Esto es muchísimo más traumático, que si cualquiera de nosotros, tuviera que encarnar en una pequeña hormiga.

La preexistencia de Cristo se refiere a la existencia personal de Cristo antes de nacer en el niño llamado Jesús. Uno de los pasajes Bíblicos muy revelador al respecto, es **Juan 1:1 al 18**, donde Cristo, es identificado como el Logos o la Palabra misma, por lo que Juan dice, que todas las cosas por él fueron hechas, y sin Él, nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. Si Cristo solo hubiese sido en Jesús, esto jamás se habría podido producir.

La esencia de la Trinidad es que Cristo existió antes de la creación misma, como Dios el Hijo. Incluso después de su encarnación, los títulos de Hijo de Dios, o Hijo de los hombres, dejan en claro sus definidos roles. Como dice el famoso Credo de Nicea: “Cristo descendió del cielo y se

encarnó”. Es decir, que en la encarnación fue perfectamente hombre, sin dejar de ser perfectamente Dios.

Cristo se encarnó haciéndose hombre, para poder tener la capacidad de llevar a cabo nuestra redención. Cristo, como Dios, era infinitamente suficiente para la obra; sin embargo, desde la legalidad para la redención, le era necesario no solamente ser Dios, sino también ser hombre, porque el problema a vencer era justamente la naturaleza pecaminosa de los hombres.

*“Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar”.*

Juan 9:4

Su encarnación fue necesaria debido a tres razones fundamentales, primero porque era necesario cumplir la Ley. Es decir, que la propia naturaleza a la cual se le dio la Ley, la cumpliera debidamente (**Romanos 6:23**). En segundo lugar, era necesaria la encarnación para hacer que la naturaleza pecaminosa de los hombres muriera definitivamente (**Romanos 5:8**), y en tercer lugar era necesario para la restauración y la redención de todos los renacidos, a través del poder de la resurrección (**1 Pedro 1:18 y 19**).

Por otra parte, antes de que Jesús añadiera humanidad a su deidad, era absolutamente rico en todo. Él estaba rodeado constantemente por la gloria, el poder y la majestad de todo lo celestial. Esto hizo que cualquier medida de

abundancia terrenal que pudiera tener, fuera considerada como nada. Sin embargo, también fue necesario que padeciera una pobreza integral en relación con Su divinidad.

Podemos decir que en Su nacimiento ya era rey, pero no fue un rey colocado en una cuna de oro, sino en un humilde establo, envuelto en frazadas de niño pobre. Toda su vida transcurrió humildemente. Muy joven, fue desterrado de su propio país. Criado como hijo de un humilde carpintero, Jesús no tuvo ropa elegante, ni casa propia, y a menudo dependió de otros para obtener sustento y abrigo.

A Jesús no lo hizo pobre el sistema, fue necesario que Él determinara ser pobre para redimirnos de la pobreza. Jesús no estaba indicándonos que el camino correcto para nosotros era la pobreza, sino todo lo contrario. Él se hizo pobre para redimirnos de la pobreza (**2 Corintios 8:9**). Con esto, no me estoy refiriendo solamente a lo financiero, sino a la pobreza de manera integral.

***“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él”.***

2 Corintios 5:21

Jesús sufrió terriblemente a través de todas Sus pruebas. Su sufrimiento fue emocional, físico y espiritual. Él cargó el peso de los pecados de toda la humanidad sobre Él (**1 Juan 2:2**). El sufrimiento brutal de la crucifixión fue

necesario para cargar con la culpabilidad de nuestros pecados y morir para pagar nuestro castigo (**Romanos 5:8**).

**Isaías**, capítulo **53**, especialmente los versos **3** y **5**, predicen el sufrimiento de Jesús de manera muy conmovedora: *“Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de Él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos... Más Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por Su llaga fuimos nosotros curados”*. Este pasaje especifica la razón del sufrimiento de Jesús por nuestras transgresiones, por nuestra sanidad y para traernos la paz.

Jesús les dijo a sus discípulos, en más de una ocasión, que su sufrimiento era necesario (**Lucas 9:22; 17:25**). Leamos atentamente la cruda descripción profética sobre el tormento de la crucifixión.

*“He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte. Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos; entre tanto, ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes”*.

Salmo 22:14 y 18

El principio de que los inocentes mueran por los culpables fue establecido en el jardín del Edén. Adán y Eva recibieron vestiduras de piel de animal para cubrir su vergüenza (**Génesis 3:21**), por lo tanto, se derramó sangre en el Edén. Más tarde, este principio fue establecido en la Ley de Moisés: *“la sangre hará expiación de la persona”* (**Levítico 17:11**). Era necesario que Jesús sufriera, porque el sufrimiento era parte del sacrificio, y Jesús fue el *“Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”* (**Juan 1:29**). La tortura física de Jesús fue parte del pago requerido por nuestros pecados. Fuimos redimidos *“con la sangre preciosa de Cristo, un cordero sin mancha ni defecto”* (**1 Pedro 1:19**).

El sufrimiento de Jesús en la cruz, fue necesario porque mostró la naturaleza devastadora del pecado, la ira de Dios, la crueldad de la humanidad y el odio de Satanás. En el Calvario, se le permitió a la humanidad hacer lo peor al Hijo del Hombre cuando se convirtió en el Redentor de la humanidad. Satanás puede haber pensado que había ganado una gran victoria, pero fue a través de la cruz que el Hijo de Dios triunfó sobre él, sobre el pecado y sobre la muerte.

*“Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera”*

Juan 12:31

Fue necesario que Jesús muriera como una semilla sembrada en la tierra para dar mucho fruto (**Juan 12:24**), fue necesario que soportara las llagas en Su cuerpo para que

nosotros recibiéramos sanidad (Isaías 53:4 y 5). Simplemente, fue necesario, todo fue necesario; observemos lo que dijo Jesús mismo:

***“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna”.***

Juan 3:14 y 15

Entender las razones por las que Jesús fue crucificado desde una perspectiva legal es útil. Pero todavía no nos dice por qué Dios enviaría a Su único Hijo a la tierra para sufrir un destino tan doloroso como el que vivió por nosotros. Era necesario porque se cumplía en Él toda la legalidad demandada por Su justicia, pero también era necesario porque Él nos amó, y determinó sin obligación hacer algo por nosotros.

El amor es tan hermoso y tan profundamente extraño que tal vez, con nuestras limitaciones, no llegamos a comprenderlo, porque el amor de Dios es puro y perfecto, pero nos alcanzará con observar sus necesidades y sus demandas aun desde nuestro limitado corazón.

Difícilmente podamos experimentar el amor perfecto de nuestro Padre, pero Su esencia nos permite amar, y al hacerlo, sabemos que el amor, impulsa sus necesidades sin egoísmo alguno. La sed nos demanda beber, el hambre nos demanda comer y el amor nos demanda entregarnos de la

forma que nos sea posible. El Señor no encontró mayor expresión de Su amor por la humanidad, que entregarse a sí mismo, aunque eso implicó el renunciamiento momentáneo de todos sus privilegios y el tortuoso peregrinar en la carne, desde Su nacimiento hasta Su crucifixión.

Todos hemos pensado en Su amor en muchas ocasiones, pero siempre decimos que Él se entregó por decisión personal. Yo deseo decirles que Él se entregó porque Su amor era tan puro que le fue necesario hacerlo. No fue solo la legalidad impuesta por la justicia del Reino, sino también el impulso ilimitado del amor.

Esto me permite reflexionar, que la legalidad del Reino nos otorga las bases de nuestra gestión de vida, pero el amor, nos otorga el impulso ilimitado de la perseverancia y de la fe. Él nos amó de tal manera, que consumó Su obra. Nosotros debemos amarlo, al grado de necesitarlo a cada instante, y más allá de toda eternidad.

***“Y nosotros hemos llegado a saber y creer que Dios nos ama. Dios es amor. El que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él”.***

1 Juan 4:16

No debemos dudar que detrás de todo proceso, la victoria está asegurada, detrás de todo proceso necesario, está el propósito divino. Jesús pasó por todas las etapas necesarias para llegar a Su glorificación, no procuró eludir procesos, por más dolorosos que fueron. Al final, Él supo que todo



terminaría tal como estaba escrito en los planes del Padre, por eso le oró diciendo: ***“Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”*** (Juan 17:4 y 5).

Jesús no tuvo dudas, que todos los procesos vividos habían sido necesarios, pero Su expectativa estaba en lo que recibiría al final de esos procesos. Al comprender la legalidad de Dios y Su perfecto amor, también llegamos a comprender los procesos de los hombres y mujeres de fe, cuyas historias también están en las Escrituras.

Fue necesario que Abraham se fuera de su tierra y de su parentela, porque Dios había planificado crear una nación a través de su vida. En esto encontraremos claramente dos cosas fundamentales, la legalidad y el amor. El patriarca terminó bautizado como el padre de la fe, porque durante los procesos, no dejó de creer, por eso Pablo escribió: ***“Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; por lo cual también su fe le fue contada por justicia”*** (Romanos 4:20 al 22).

Fue necesario que Jacob viviera los procesos que pudieran transformarlo en Israel. Al leer su historia, es más que evidente que Jacob quería la bendición, lo que no quería eran los procesos, pero Dios tenía grandes planes para su

vida, era necesario que se manifestara Su legalidad y Su amor.

Fue necesario que a José lo vendieran a Egipto como un esclavo, porque Dios encontró el camino legal para impulsarlo al gobierno, pero también fue el amor, el que lo preservó sabiamente. El cumplimiento de una Palabra generó la esclavitud de los hebreos, pero también lo fue su liberación (**Génesis 15:13**).

Obviamente, los hebreos celebraron la liberación, pero no comprendieron que era necesario el gran proceso del desierto. Ellos clamaron por pan y por agua, lo cual Dios les concedió, porque era algo necesario, pero no comprendieron por qué motivo no recibían otros apetitosos alimentos, o por qué motivo no entraban definitivamente a la tierra.

Fue necesario que los hebreos conquistaran la tierra lentamente, porque si bien era el deseo de ellos, debía realizarse desde la legalidad y la revelación del amor del Todopoderoso. Moisés le dijo al pueblo: ***“El Señor tu Dios expulsará a las naciones que te salgan al paso, pero lo hará poco a poco. No las eliminarás a todas de una sola vez, para que los animales salvajes no se multipliquen ni invadan tu territorio”*** (Deuteronomio 7:22 NVI).

Acá vemos la intervención divina, pero también vemos la necesidad de un proceso de conquista, es decir, los hebreos no solo vivieron el proceso del desierto durante cuarenta años, sino que también debieron asimilar el proceso de la conquista de la tierra prometida. Moisés también les dijo: ***“El***

***Señor tu Dios entregará a esas naciones en tus manos, y las llenará de gran confusión hasta destruirlas. Pondrá a sus reyes bajo tu poder, y de sus nombres tú borrarás hasta el recuerdo. Ninguna de esas naciones podrá resistir tu presencia, porque tú las destruirás” (Deuteronomio 7:23 y 24 NVI).***

Nosotros debemos comprender que los deseos, no son un problema para Dios, Él es Todopoderoso para otorgarnos lo bueno, pero cuando tiene algo que enseñarnos, no evitará los procesos necesarios. Podría decir que los procesos de la vida con Dios, siempre nos promocionan para lo por venir. El Señor no nos otorga lo que no somos capaces de gestionar y el proceso siempre nos prepara para lo mejor.

Si un joven estudiante de universidad desea ser un médico cirujano, inevitablemente tendrá que pasar por diversas pruebas. Es necesario que, así sea, tratar de evitarle esas pruebas. Dándole el título sin rendir exámenes, nos otorgará potencialmente un asesino con un bisturí en la mano, pero no un médico confiable y experimentado.

Ningún estudiante desea rendir exámenes, pero son absolutamente necesarios. Sin embargo, lo que esos estudiantes deben comprender, es que esas pruebas no son sus enemigas, son los pasos necesarios para alcanzar el título profesional tan deseado. Como pudimos ver en el capítulo dos, las necesidades y los deseos suelen trabajar juntos, pero lo más importante siempre es lo necesario, porque lo

necesario siempre será respaldado por la legalidad y el amor del Padre.

Así mismo hoy, al recuperar el mensaje del Reino, el Señor está queriendo llevarnos a dimensiones espirituales superiores, o más elevadas que nunca, preparando todo para Su venida. Sin embargo, necesitamos comprender lo antes posible, cuáles son esas lecciones que debemos aprender, porque esa es la única manera en que podremos avanzar sin sentirnos frustrados.

El cansancio, el agobio y la frustración se producen por causa de no comprender propósito y destino. Si vivimos haciendo cosas que no tienen sentido, terminaremos agotados y es muy probable que abandonemos, pero si comprendemos que detrás de esas cosas hay motivos trascendentes, podremos continuar, más allá de todo desánimo.

Nosotros, como hijos de Dios, debemos saber que, en la vida, vamos a enfrentar muchos procesos y que algunos pueden ser difíciles o dolorosos. No debemos considerar evadirlos, porque algunos vendrán sí o sí. Lo que debemos procurar es no enfrentar procesos inútiles. Debemos ser gente de propósito y caminar en la voluntad del Señor. Eso nos garantizará, que no tendremos que superar procesos por desobediencia o por ideas personales que nada tienen que ver con el Reino.

Pablo decía, en parte conocemos y en parte profetizamos (**1 Corintios 13:9**), porque él pudo ser llevado

por el Señor al tercer cielo, sin embargo, cuando le mostró las cosas inefables, el Señor no le explicó todos los procesos que tendría que afrontar para consumir su parte en el magno propósito en Cristo, aunque ya había dicho a Ananías, que Pablo tendría que aprender a padecer por Su nombre (**Hechos 9:16**).

Dios nunca nos presenta todos los procesos y sus dificultades, Dios nos habla de diseños eternos y eso es lo que debemos entender hoy en día. Eso es lo que debemos predicar en la iglesia de hoy, ese es el verdadero mensaje apostólico. Un mensaje que abra diseños. Diseños por los cuales valga la pena todo, incluso morir.

Cuando Dios nos habla proféticamente, nos habla hacia el mañana y puede que nos dé, algunas direcciones claras, el problema es que generalmente ignoramos todo lo que implica eso que nos habló. La palabra profética no muestra todo, solo las metas por alcanzar. Pero debemos saber, que el solo recibirla producirá procesos.

Algunos creyentes piensan que ser cristianos es vivir en continua paz terrenal y no es así. La paz que Dios propone es espiritual y permanece incluso en medio de una guerra. No es bueno creer que debemos vivir por encima del panorama normal y de la niebla tóxica, lejos de la escena terrenal. Debemos tener en claro que hoy estamos transitando por las aceras públicas, y que, inevitablemente, vamos a codearnos con la hostilidad del sistema que nos rodea.

El peligro que enfrentamos en este mundo hostil, es el de desarrollar nuestra vida espiritual con el fin de alcanzar nuestras metas personales, porque la unción que portamos no es para eso. Nuestro potencial espiritual está diseñado para funcionar en la verdad eterna, pero no para complacer nuestros caprichos.

Hoy en día, muchos hermanos pretenden usar su potencial para resolver sus problemas domésticos, y cuando no logran resultados, se angustian, o incluso dejan de congregarse. En realidad, eso ocurre porque han sido mal enseñados y no porque tengan mala intención. Debemos ver nuestra vida, en el cuadro del propósito eterno en Cristo, y descubriremos que somos parte de un diseño mucho más grande que nuestro pequeño círculo de convivencia.

En el Reino, los procesos son inevitables y es muy importante que podamos comprender esto de manera más profunda. De hecho, he desarrollado este tema en mi libro titulado “Los procesos del Reino”, el cual pueden bajar gratuitamente desde mi página personal, para seguir indagando y aprendiendo sobre esta necesidad.

***“Por medio de Cristo, Dios nos eligió desde un principio, para que fuéramos suyos y recibiéramos todo lo que él había prometido. Así lo había decidido Dios, quien siempre lleva a cabo sus planes”***

Efesios 1:11 VLS.

## Capítulo seis

# COMMPROMETIDOS CON LO NECESARIO

*“Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”.*

Juan 4:24

El contexto en el cual Jesús expresó esta hermosa demanda de Dios, se produjo durante la conversación que mantuvo con la mujer samaritana en el pozo de Jacob. Como una de las tantas veces en la que Jesús transgredió las costumbres sociales de sus días, se acercó a esta mujer extranjera para pedirle agua. Esto dio lugar a un inusual cruce de barreras entre un hombre judío y una mujer samaritana, lo cual también generó un intercambio de conceptos teológicos inimaginables.

Como todos los samaritanos, ella remontó su ascendencia a Jacob, demostrando su veneración por ese lugar, y conociendo bien las creencias de su propia tradición,

le preguntó a Jesús: “¿*Acaso eres tú superior a nuestro padre Jacob, que nos dejó este pozo?*” (Juan 4:12).

Jesús, por Su parte, le prometió agua capaz de producir vida, y la invitó a traer a su esposo a recibir el bien que Él le estaba ofreciendo. Esto hizo que la conversación se volviera hacia la historia personal de ella, y su situación sentimental del momento. Ella respondió honesta y sucintamente: “**No tengo esposo**” (Juan 4:17). Y Jesús, afirmando que lo que ella le había dicho era verdad, le indicó que Él la conocía más plenamente de lo que ella jamás hubiera podido siquiera imaginar.

Ella reconoció de inmediato que Él era un profeta que supo sobre su intimidad y que decía la verdad. Ella entonces decidió llevar el aspecto teológico de la conversación un paso más allá, y le preguntó sobre el lugar adecuado para la adoración, una de las principales diferencias entre judíos y samaritanos. Al responderle, Jesús le habló de un tiempo futuro cuando todos los verdaderos adoradores de Dios le adorarían no en un lugar geográfico, sino “*en espíritu y en verdad*” (Juan 4:24).

La lección general de Jesús sobre la adoración, fue que la adoración no es una cuestión territorial, ni debía ser regulada por las disposiciones transitorias de la Ley. Con la obra que Él consumaría, la separación entre judíos y gentiles ya no sería pertinente, ni tampoco lo sería, la centralidad del templo en la adoración. Jesús estaba enseñando que en las nuevas dimensiones del Pacto que se venía, la adoración sería



un asunto del corazón, no de las acciones externas, y el impulso de la misma sería la verdad, no las liturgias anteriormente establecidas.

Jesús enseña que la verdadera adoración debe ser en espíritu, lo cual genera la necesidad que ya hemos considerado, que es nada menos que la “regeneración”. A menos que exista vida espiritual, no puede haber verdadera adoración.

Sin recibir la vida, no hay posibilidades de recibir verdadera luz (**Juan 1:4**), sin luz no logramos ver nuestra condición y no logramos comprender las virtudes de la gracia del Señor. No hay capacidad en el hombre para tal cosa. Sin embargo, el accionar del Señor, nos otorga la nueva vida por medio de la cual ciertamente podemos adorar con verdadero sentido. El apóstol Pablo dijo que los cristianos servimos a Dios en espíritu y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne (**Filipenses 3:3**).

En el Antiguo Testamento, encontramos varios actos de adoración a Dios, pero ninguna de esas expresiones tuvo la profundidad que tiene la adoración del Nuevo Pacto. No estoy descalificando la adoración de hombres como David, bajo ningún punto de vista haría tal cosa, lo que digo es que a través de la regeneración, no solo recibimos vida espiritual, sino que además el Espíritu Santo se posiciona en comunión interior con nuestro espíritu, y ciertamente eso lo cambia todo.

En el Antiguo Testamento el Espíritu Santo descendía sobre algunas personas, ungidas soberanamente para funciones divinamente determinadas. Incluso la unción permaneció momentáneamente en algunos objetos, como la vara de Moisés, los cabellos de Sansón, o el manto de Elías. Además, la presencia de Dios se manifestaba solo en algunos lugares, como el monte Sinaí, el tabernáculo de Moisés, el tabernáculo de David, o el templo de Salomón, pero no habitó en ningún ser humano.

Solo a partir de la obra consumada de Jesucristo, podemos ser limpiados por Su preciosa sangre y solo después de tal santificación, el Espíritu Santo puede hacer de nosotros Su morada (**Efesios 2:22**). La presencia del Espíritu en nuestro espíritu, no solo permite el conocimiento de la verdad, sino que impulsa y permite la manifestación de las virtudes de Cristo. Sin Su presencia no hay vida, y tampoco puede haber verdadera adoración.

Lo que Jesús le estaba enseñando a esa mujer samaritana, era algo que ni ella, ni aun los discípulos del Señor habían experimentado, pero al mismo tiempo, todos estaban a las puertas de la gran posibilidad de adorar a Dios de una manera única y especial. Incluso los habitantes de esa ciudad de Samaria llamada Sicar, quienes creyeron en Jesús por causa de esa mujer, y quienes tendrían, si así la gracia lo disponía, la posibilidad de acceder a esa adoración verdadera.

El Espíritu Santo es quien despierta en nosotros la comprensión de la belleza, el esplendor y el poder de Dios.

El Espíritu Santo es quien nos mueve a celebrar, regocijarnos y dar gracias. El Espíritu Santo es quien abre nuestros ojos para ver y experimentar todo lo que Dios es para nosotros en Jesús. El Espíritu Santo es quien, debe impulsar nuestros servicios hoy en día, y quien debe introducirnos a la verdadera alabanza corporativa.

Al mismo tiempo, Jesús dijo, que la adoración debe ser en verdad, esto quiere decir que no solo debe ser verdadera, sino debidamente fundamentada en la revelación de la Palabra. Si no tenemos conocimiento del Dios Santo que adoramos, no hay adoración basada en la verdad. Al hacer eso, no solo podemos vivir en Su plenitud, sino que en todo tiempo diremos la verdad, procurando la pureza de nuestro corazón.

La Adoración espiritual, sin los fundamentos de la verdad, conduce a experiencias emocionales que no producen mayor revelación de la persona de Cristo. Cuando esto ocurre, no hay cambios, y después de cantar algunas canciones de culto, todo termina absolutamente igual. Sin embargo, cuando la Palabra ha penetrado hasta partir el alma, las coyunturas, los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (**Hebreos 4:12**), lo que ocurre es nuestro corazón es limpiado por su exposición, y llegamos a ver, lo cual produce verdadera adoración (**Mateo 5:8**).

Por otra parte, el conocimiento de la verdad, sin la expresión espiritual, puede resultar en un encuentro seco y sin pasión, que fácilmente puede conducir a una forma triste

de simple religiosidad. La mejor combinación de ambos aspectos de la adoración se traduce en un reconocimiento gozoso de Dios, fundamentado siempre por las escrituras.

Cuanto más sabemos acerca de Dios, más lo apreciamos. Entre más lo apreciamos, más profunda es nuestra adoración. Entre más profunda sea nuestra adoración, mayormente será Dios glorificado, pero todo esto es necesario que se produzca desde la vida del Señor operando en nosotros.

Jesús mismo criticó la adoración de los líderes religiosos de su época, al decir que mientras honraban a Dios con sus bocas, sus corazones estaban lejos de Él (**Mateo 15:7 al 9**). Estos hombres conocían muy bien las Escrituras, pero no tenían la vida necesaria para la revelación. De hecho, Jesús no criticó esa incapacidad, sino el orgullo que tenían y la soberbia de creer que hacían todo de manera correcta.

La verdadera vida espiritual produce la emoción y la conmoción de todo nuestro ser. La verdadera adoración no descarta la expresión de nuestra alma, o la ferviente expresión de nuestro cuerpo. Todo nuestro ser debe vibrar por causa de la vida espiritual impulsada por la revelación del Espíritu.

***“Alaba, alma mía, al Señor; alabe todo mi ser su santo nombre. Alaba, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios”.***

Salmo 103:1 y 2

El simple conocimiento teológico solo produce entusiastas superficiales, así como la emoción sin revelación produce un frenesí vacío de compromiso con lo necesario. La verdadera adoración se produce en personas con la vida de Dios fluyendo, personas capaces de expresar profundas y verdaderas emociones, que manan de la revelación de una sana doctrina de Reino.

La adoración verdadera, que es capaz de exaltar a Dios tal como a Él le agrada, es fruto tanto de la pasión, como de la revelación. La luz de la verdad brilla en nuestros corazones, y nos instruye sobre las realidades espirituales en Cristo. Tal luz, a su vez, enciende el fuego de la pasión que podemos expresar libremente, no solo cantando, sino viviendo una vida de verdaderos adoradores.

Cuando vivimos como adoradores, es imposible que pasemos por alto, esos momentos sagrados de contemplación divina. Cuando Jesús visitó la casa de Lázaro, estaban sus hermanas Marta y María, dispuestas a servirlo con mucho amor y admiración. De pronto, Marta se sobrecargó con los quehaceres de la cocina y la preparación de la mesa, lo cual la hizo expresar abiertamente, alguna queja sobre la actitud de su hermana, quien simplemente se había enfocado en Jesús. Ante esto el Señor le dijo: ***“Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada”*** (Lucas 10:41 y 42).

Aquí notamos que una necesidad de verdadera adoración, nos lleva al compromiso de otra necesidad bien asimilada por María. Las palabras de Jesús hacia Marta, más que un regaño, fue una invitación a que se pudiera centrar en lo esencial, y a través de ella, nos enseña a nosotros a valorar algo absolutamente necesario, que es simplemente derramarnos en Él, contemplarlo, escucharlo en calma y pasar tiempo de meditación espiritual en Su presencia.

Esto es muy importante que lo tengamos en cuenta, todos los que desarrollamos una tarea de servicio para el Señor. Es muy común que los ministros o líderes nos enfoquemos de manera muy ferviente en el servicio, pero que descuidemos los tiempos íntimos de calidad con Dios. Esos momentos de contemplación, de silencio, de recepción interna de Su voluntad, momentos de íntima corrección, dirección e impulso divino. Los servidores no debemos descuidar esto, debemos servir con pasión, pero es necesario no descuidar la mejor parte.

Si adoramos verdaderamente a Dios, tendremos hermosos tiempos de intimidad contemplativa, y si hacemos eso, accederemos a otra necesidad fundamental, también enseñada por Jesús, quien le contó a sus discípulos una parábola ***“sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar”*** (Lucas 18:1).

Con esta declaración el Señor reconoció que la posibilidad del desánimo en nosotros es una realidad constante. Los días malos y los procesos de la vida, forman

parte de nuestro caminar cristiano. De hecho, es un error considerar que la vida de Reino carece de desánimos. De ahí que Jesús se refiere a la oración como una necesidad ante la cual no debemos desmayar.

De la misma forma en la que estamos obligados a respirar para sobrevivir, así también tenemos la necesidad de orar para avanzar sin claudicar en el propósito divino. En los dichos de Jesús, orar es una necesidad que debe prevalecer aún ante un posible desmayo. Esto parece algo exagerado, pero Jesús no utilizaba las exageraciones para enseñar, sino que estaba exponiendo una ineludible demanda del Reino.

El término utilizado por Jesús fue *“enkakeo”*, también es usado por Pablo cuando dice: *“no os canséis de hacer el bien” (2 Tesalonicenses 3:13)*. Generalmente, cuando un hijo de Dios enfrenta procesos agobiantes de aflicción, suele dejar de hacer lo bueno, no necesariamente cometiendo obscenos pecados, sino dejando de congregarse y dejando de orar.

De hecho, el cansancio de hacer el bien suele manifestarse primeramente en el abandono de la oración, lo cual solo termina impulsando mayores aflicciones. Cuando hacemos esto, entramos en una espiral descendente, en la cual manifestamos cada día mayor desánimo y un avanzado descuido de nuestros tiempos de intimidad con Dios.

Jesús le dijo a Sus discípulos y a través de ellos a nosotros que es necesario que oremos, por más desánimo que

tengamos, porque si no lo hacemos, nuestra condición empeorará y no solo no alcanzaremos justicia, tal como la viuda, sino que terminaremos viviendo en injusticias, que por supuesto, en el Reino no pasarán inadvertidas. Es muy posible que gente religiosa viva superficialmente con simples apariencias de piedad, pero en el Reino eso no es posible.

De hecho, este es el mismo principio que el Señor desarrolla en **Juan 15**, cuando nos asegura que separados de Él nada podemos hacer. El fruto que surge en una rama, no es el resultado del esfuerzo de la misma, sino de la salud que resulta de su vinculación con la vida que mana del árbol. La permanencia de la rama es absolutamente necesaria para la fructificación. No podemos producir obras vivas, sin la ministración de Su Espíritu.

En la parábola mencionada, Jesús enseñó sobre una viuda que se enfrentó a un juez insensible, sin temor de Dios ni respeto por los hombres. Esta viuda no desmayó, ni perdió el ánimo en ningún momento, sino que se mantuvo inquebrantable con sus justos reclamos. Jesús dijo: *Si este juez injusto hizo justicia a esta pobre viuda, ¿Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? (Lucas 18:7).*

Orar es creer en la realidad de las promesas que se nos han hecho en Cristo, pero también en las demandas. Cuando oramos, no debemos hacerlo solo pensando en reclamar a Dios nuestros deseos, sino también procurando encontrar la dirección de Su voluntad. Aquí es donde surge nuestro



compromiso con otra necesidad del Reino, sobre la cual, los apóstoles dijeron:

***“Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres”***

Hechos 5:29

La palabra obedecer, según el diccionario, consiste en respetar, acatar y cumplir la voluntad de la autoridad o de quien manda. Esta palabra expresada por los apóstoles, se dio en el contexto en el cual, las autoridades del concilio en Jerusalén, los ancianos, los escribas, el sumo sacerdote y el resto de las autoridades espirituales, les habían prohibido la predicación del evangelio, ante lo cual los apóstoles dijeron que era necesario obedecer a Dios antes que a cualquier hombre.

Es cierto que las Escrituras nos demandan estar sujetos a las autoridades, pero eso es así, siempre y cuando cualquiera que ejerza esa supuesta autoridad, no esté gestionando su liderazgo fuera de la dirección del Señor, ante lo cual, solo hay una cosa por hacer, dar prioridad a Dios sin ningún miramiento.

En la Biblia y en los libros de historia, podemos leer algunos detalles de la persecución sufrida por los apóstoles y los cristianos de los primeros siglos, así como también en estos más de dos mil años de historia de la Iglesia, vemos que muchos cristianos han sido azotados, perseguidos, encarcelados, apedreados, crucificados, quemados, o despojados de sus posesiones para que renunciaran a la fe.

La mayoría de nosotros en este tiempo, hemos llevado adelante una vida de fe muy tranquila, y ciertamente hemos sido probados, pero no por las autoridades de gobierno, sino por causa de nuestra propia concupiscencia, por los deseos de la carne, por los deseos de nuestros ojos, las propuestas de este mundo, o las vanaglorias de la vida, y por supuesto, también por los problemas domésticos que sufrimos todos, pero no por violentas prohibiciones como las vividas por los cristianos en otros tiempos, o incluso por la que viven algunos hermanos en otros territorios.

Los tiempos de hostilidad que se están gestando poco a poco sobre el sistema actual, ciertamente nos alcanzará. La creación de un Nuevo Orden Mundial para la manifestación del anticristo es algo claramente profetizado, y no habrá cristianos que puedan mantenerse al margen de todo eso. Eso traerá terribles desafíos para nuestra fe.

Las leyes que poco a poco se implementarán en los sistemas de gobierno humano, comenzarán a restringir nuestras libertades al grado de prohibir la predicación del evangelio. Tristemente, muchos cristianos están padeciendo la tibieza espiritual, han dejado de congregarse o de vivir intensamente las demandas del Reino, y eso puede ser verdaderamente mortal, de cara a los tiempos hostiles que pronto deberemos enfrentar.

Los apóstoles fueron arrestados por su fe, por predicar la palabra de Dios, y las autoridades judías les ordenaron que no siguieran hablando de Jesús, pero ellos nos enseñaron el

camino de la perseverancia en la fe, basada en la verdad del Reino. Debe ser una necesidad para nosotros, obedecer a Dios antes que a todo sistema humano de opresión, porque detrás de todo sistema opuesto al evangelio, está la mano de Satanás procurando expandir sus dominios.

Con la liviana argumentación que usan muchos hermanos en estos tiempos, tan solo para no comprometerse con la obra del Señor, se está estableciendo un precedente muy peligroso, porque esa forma de pensar los llevará a terminar aceptando todas las demandas impuestas por el sistema, y eso es algo que no nos debemos permitir. Los hijos de Dios, debemos priorizar la voluntad del Padre, por sobre todas las cosas, por sobre toda supuesta autoridad, y por sobre toda circunstancia hostil que se presente.

No vivimos tiempos fáciles, pero en pocos años, viviremos tiempos mucho peores, debemos prepararnos, debemos ser verdaderos adoradores, debemos cuidar nuestra íntima comunión espiritual con el Señor, debemos deleitarnos en Su presencia, debemos orar sin desmayar y debemos obedecerle de manera absolutamente radical. Estas no son opciones presentadas por el Señor, son demandas necesarias para una vida de Reino efectiva.

El desafío que tenemos por delante, no es solo comportarnos como buenos creyentes. Cualquiera puede ser un creyente; de hecho, aun los demonios creen y tiemblan, pero son demonios (**Santiago 2:19**). Nosotros debemos ser discípulos de Cristo, porque eso es lo que Él ha determinado

(Mateo 28:19 y 20). Debemos comprender lo que significa ser un verdadero discípulo de Cristo, así como las consecuencias, el compromiso y las responsabilidades que eso implica.

Jesús dijo claramente: *“Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo”* (Lucas 14:27). *“Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo”* (Lucas 14:33). Estas no son opciones para nosotros, son demandas absolutamente necesarias, y debemos tenerlas muy en cuenta, si es que pretendemos enfrentar los tiempos venideros con toda autoridad.

Quienes somos discípulos del Señor, entramos en un continuo proceso de aprendizaje, pero este proceso es mucho más que una simple transferencia de conocimiento. Más bien, se trata de una transferencia de vida, por medio de la cual, recibimos una nueva forma de pensar y de actuar, una nueva cultura donde prevalecen los valores del Reino de Dios, y donde hacer la voluntad de Dios, se convierte en nuestra absoluta necesidad.

En la medida que pasamos tiempos de calidad con el Señor, empezamos a experimentar un proceso de transformación, en donde la vida espiritual madura en nosotros y la vieja naturaleza va menguando poco a poco. Este proceso va manifestando coherencia entre aquello que decimos creer y aquello que manifestamos a través de nuestras acciones.

Cuando rendimos todos los campos de nuestra vida a Dios, tomando Su yugo con mansedumbre, se hacen evidentes, el compromiso y las convicciones de nuestra fe. En este proceso de madurez espiritual no hay atajos, ni fórmulas que faciliten resultados. Los discípulos de Reino, no somos simples seguidores o simpatizantes de Cristo, sino hijos de la Luz, que necesitamos conocer y obedecer la voluntad de nuestro Rey.

Además, debemos tener la certeza de que esos tiempos difíciles que menciono, no serán más que la antesala de la gloriosa venida de nuestro Señor, y la plena manifestación de Su Reino en toda la tierra.

Tenemos por delante una gloriosa eternidad, las tribulaciones que puedan venir de manera momentánea, solo producirán en nosotros un mayor y enorme peso de gloria, por lo cual, como también dijo Pablo, no debemos mirar las cosas que se ven, sino las que no se ven, porque esas son las eternas (**2 Corintios 4:17 y 18**).

***“Por eso, hermanos míos, ya que Dios es tan bueno con ustedes, les ruego que dediquen toda su vida a servirle y a hacer todo lo que a él le agrada. Así es como se le debe adorar. Y no vivan ya como vive todo el mundo. Al contrario, cambien de manera de ser y de pensar. Así podrán saber qué es lo que Dios quiere, es decir, todo lo que es bueno, agradable y perfecto”.***

Romanos 12:1 y 2 BLS

## Capítulo siete

# **LAS NECESIDADES SEGÚN EL SOBERANO**

*“Pero la unción que vosotros recibisteis de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en Él”.*

1 Juan 2:27

Quienes somos ministros del evangelio y tenemos la responsabilidad de la enseñanza, conocemos muy bien a las personas que repiten una y otra vez la frase: “Dios me dijo”, pero que solo lo hacen para justificar su manera de pensar, para conservar su posición ante alguna idea, o para tomar decisiones personales, atribuyendo a Dios toda dirección.

Los hermanos que piensan así, son muy difíciles de ayudar, porque ellos están convencidos de que el Espíritu Santo es el que los guía permanentemente. Cada vez que me enfrenté con alguien así, se interpuso este versículo en el cual Juan dice que no necesitamos que nadie nos enseñe, porque la unción misma nos enseña todas las cosas.

En realidad, el apóstol Juan no está diciendo: ¡Ignoren a todos los maestros, no hagan caso a nadie más que al Espíritu Santo! Quienes conocen mis enseñanzas, saben que siempre hago un hincapié muy especial en el hecho de dejarnos guiar por el Señor. Considero que tal cuestión es fundamental para quienes pretendan vivir una vida de Reino, pero eso no implica misticismo o liviandad.

El apóstol Juan, pretende que todos los cristianos entendamos que tenemos al Espíritu Santo, y que el Espíritu es quien nos trae convicción, dándonos un claro testimonio de la verdad de Cristo. Pero, por otra parte, esta verdad de Cristo, no viene a nosotros fuera del testimonio fundamentado en las Escrituras.

Quienes tenemos un llamado espiritual genuino para el servicio ministerial, hemos recibido del Señor cierta claridad de pensamiento y expresión para entender y explicar a otros Su Palabra, pero aun así, ninguno de nosotros puede atribuirse la infalibilidad, ni desestimar la dependencia que debemos tener con el Espíritu Santo, ya que es Él, quién debe iluminar nuestra vida, así como la de todos los santos.

En mi caso personal, sé que debo buscar la luz y la dirección del Espíritu Santo, tanto para enseñar oralmente, como para escribir. Debo hacerlo cuidando mi comunión espiritual con Él, y debo hacerlo fundamentado en la Biblia, de todas maneras, nada de lo que diga o escriba, puede ser elevado a las alturas de las sagradas Escrituras. La idea es aportar sabiduría divina y enriquecer los conceptos del Reino

de manera práctica, pero así como yo debo tener sumo cuidado, también lo deben tener todos los ministros del evangelio (**1 Timoteo 4:16**).

Quienes escuchen o lean todo material cristiano, deben hacerlo dependiendo de la Luz y la convicción que el Espíritu Santo pueda otorgarles. Es decir, tanto los emisores, como los receptores de todo mensaje divino, debemos impartir o recibir todo bajo la supervisión del Espíritu Santo. Aun así, nada garantiza la infalibilidad, aunque puedo certificar de manera absoluta que, si mantenemos una profunda comunión con el Espíritu Santo, y buscamos de corazón Su dirección, las posibilidades de error pueden ser absolutamente mínimas.

Por lo tanto, diría que en el Reino, tal como dijo Juan, contamos con la supervisión del Espíritu Santo, pero tenemos la necesidad de cuidar mucho nuestra comunión con Él. Pasar tiempo de calidad con Dios, meditar y permitir que Él trabaje en nuestra mente y nuestro corazón, nos asegurará una dirección ajustada y efectiva.

Cuando vivimos Reino, no tenemos necesidad de un supermaestro, pero tenemos la necesidad de la unción. No tenemos la necesidad de un líder que piense por nosotros, sino que tenemos la necesidad de hacernos responsables procurando la luz del Espíritu Santo, quien es el encargado de vivificar la Palabra de manera efectiva. Comprendiendo esta necesidad, veamos otra necesidad expresada por el apóstol Pablo:



***“Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad”.***

Filipenses 4:12

Aquí vemos a Pablo dejando en claro su capacidad de adaptación a las situaciones que tuvo que enfrentar. Esto no debería generar paradigmas contrapuestos en quienes procuramos vivir con una mentalidad de Reino. Es decir, por un lado, predicamos sobre las promesas de Jesús, respecto de que no tendremos necesidades básicas, y luego afirmamos livianamente la postura de Pablo.

Jesús dijo: ***“No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?”*** (Mateo 6:25), pero no lo dijo con la intención de que simplemente ignoremos nuestras necesidades, restándoles importancia, de hecho, Él mismo aclaró que no debíamos preocuparnos, no porque no importe, sino porque dichas necesidades en el Reino, están absolutamente cubiertas.

***“Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no***

*trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos.*

*Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?”*

Mateo 6:26 al 30

Es claro que Jesús no está diciendo que nuestras necesidades no son dignas en una vida de Reino, sino que no deberían inquietarnos, porque si Dios alimenta a los pájaros del campo, o viste a los lirios mejor que al rey Salomón, también lo hará con nosotros. Lo que está pidiendo es que ante estas posibles necesidades, tengamos fe.

Jesús ordena en el sermón de la montaña, que no nos afanemos por nada, esto no implica que debemos sentir desidia respecto de nuestras necesidades básicas. Lo que está demostrando Jesús, es un gran conocimiento de los sentimientos humanos. Él vivió más de treinta años entre los hombres y experimentó en carne propia lo que sentimos las personas ante las necesidades de comida, abrigo y vivienda.

Es por eso, que nos enseña a vivir con fe, nos enseña a confiar en la provisión del Padre, y en Su gloriosa soberanía. Al comparar nuestra necesidad con la de los pajaritos, nos está diciendo que estas pequeñas criaturas tienen hambre, pero que el Padre se hace cargo de ellas, aun cuando no tienen fe para solicitar su alimento, y luego pregunta: *¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?*

Esta expresión: **“Mucho más”**, significa que aun las aves más pequeñas cuentan con el cuidado divino, y que nosotros somos sus hijos y estamos bajo el amparo de Su bendición, lo cual es muchísimo mayor. De hecho, Jesús también enseñó en **Mateo 10:29**, que ni un pajarito puede caer en tierra sin el permiso del Padre. ¿Cuánto más conocimiento y cuidado el Señor tiene de nosotros?

***“Los leoncillos necesitan, y tienen hambre; pero los que buscan a Dios no tendrán falta de ningún bien”.***

Salmo 34:10

Esto es importante que lo aclaremos, porque muchos detractores de los principios del Reino, pretenden anular la gestión de la fe, con una mentalidad de pobreza y resignación. Esto lo hacen procurando combatir a lo que llaman el evangelio de la prosperidad, pero es absurdo pensar así. Lo que necesitamos es encontrar un sano equilibrio espiritual, basados en un lógico panorama bíblico, no haciendo doctrina tomados de un par de versículos.

Debemos observar que Pablo dijo: ***“Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”*** (2 Corintios 12:10), lo que no debemos pensar, es que el apóstol nos está sugiriendo que busquemos el ascetismo en pos de la fortaleza divina.

En realidad, el apóstol Pablo, vivió un tiempo muy difícil, así como toda la Iglesia del primer siglo. Por un lado, se regocijaron en una unción extraordinaria, pero, por el otro, padecieron la hostilidad del sistema. Esto no solo ocurrió con ellos, sino que se ha replicado a través de la historia en diferentes tiempos y lugares.

Nosotros no debemos tomar esto de pasar necesidades, de sufrir debilidades, afrentas, persecuciones, y angustias, como plataformas necesarias para lograr sentirnos absolutamente débiles, y poder recibir el poder divino. Lo que Pablo dice es que si alguna de estas cosas nos alcanzan, no debemos desanimarnos, sino gozarnos espiritualmente en saber que el poder de Dios nos sostendrá y nos sustentará hasta salir victoriosos de toda prueba.

Cuando Dios permite que pasemos por adversidades, no lo hace perdiendo el control de nada. Él es absolutamente Omnipresente y Todopoderoso para librarnos o para acompañarnos por diferentes procesos necesarios, como vimos en el capítulo cinco. Lo que debemos entender, es que en el Reino debemos descansar en la soberanía divina, para lo cual necesitamos crecer en la revelación de la misma.

Jesús dijo que debemos pedir al Padre, el pan nuestro de cada día (**Mateo 6:11**), esto nada tiene que ver con la escasez, sino con la revelación de Su soberanía. Cuando nos volvemos absolutamente dependientes del amor del Padre, es cuando entramos a la plenitud propuesta por la fe del Reino.

Debemos pedir al Espíritu Santo ese conocimiento, ya que todos los que somos alumbrados con la revelación de Su soberanía, tenemos acceso a Sus riquezas. No me refiero a las riquezas materiales, aunque en algunos casos puedan estar incluidas, me refiero a las riquezas del pleno entendimiento mencionadas por el mismo Pablo en **Colosenses 2:2**.

La expansión del Reino es global, y lógicamente las circunstancias vividas por los cristianos en diferentes partes del mundo, pueden ser radicalmente opuestas. Esto se debe a que cada nación del mundo, atraviesa por diferentes realidades políticas y económicas. No tendrá las mismas necesidades un hermano viviendo en Beverly Hills, que un hermano viviendo en Haití, y esto no será por un descuido divino, sino por una cuestión lógica, producida por la realidad presente de cada territorio.

Estos contrastes nos permiten observar que en la riqueza de Beverly Hills, o en la pobreza de Haití, los hijos de Dios reciben el cuidado del Padre, sin extraerlos de dicho territorio. Es decir, la única manera de que un ciudadano haitiano viva como un hermano de esta ostentosa ciudad del condado de Los Ángeles, es que sea teletransportado sobrenaturalmente a una nación más rica, y eso no ocurrirá, no porque Dios no pueda hacerlo, sino porque todos debemos ser luz en el lugar del mundo que nos toque.

El objetivo primordial de Dios, es que seamos como luminares en el mundo, no que vivamos todos cómodamente sentados en la riqueza terrenal. Ya llegará el día de nuestra

recompensa, pero mientras estemos en este cuerpo de muerte y en esta etapa de la historia humana, debemos vivir como embajadores del Reino, en donde Dios haya determinado establecernos.

Algunos pueden parecer más afortunados que otros conforme al territorio asignado, pero eso es lógico. Jesús le dijo a Pedro: ***“Cuando eras joven, te vestías e ibas a donde querías. Pero te aseguro que, cuando seas viejo, extenderás los brazos y otra persona te vestirá, y te llevará a donde no quieras ir”***. Jesús dijo esto, refiriéndose a cómo iba a morir Pedro, y cómo de esa manera honraría al Padre. Entonces Pedro, mirando a Juan, dijo: ***¿qué va a pasar con este?*** Pero Jesús le contestó: ***“Si yo quiero que él viva hasta que yo regrese, ¿qué te importa a ti? Tú sígueme”*** (Juan 21:18 al 22).

Nadie puede decir que la pregunta de Pedro no tiene lógica, él murió crucificado, y Juan simplemente murió de viejo, pero esto no significó que el Padre tuvo más simpatía o amor por Juan que por Pedro. No debemos observar el evangelio de esa manera. Todos tenemos parte en el magno propósito de Cristo, y es un privilegio que así sea, al final todos tendremos nuestra justa recompensa, solo debemos aceptar gustosamente la sabia soberanía de Dios.

No estoy diciendo que sea fácil aceptar las adversidades de la vida, cuando las tenemos que afrontar, es lógico que nos hagamos algunas preguntas, Dios no tiene problemas con eso, lo que Él desea que entendamos es que

siempre y en toda circunstancia, Él tiene el control absoluto, lo cual nos garantiza que todo, aun los tragos amargos de la vida, nos ayudarán a bien (**Romanos 8:28**).

Jesús conociendo los padecimientos humanos dijo: Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. ***“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”*** (**Juan 16:33**). Él nunca nos ocultó que la vida del Reino, está compuesta de alegrías, pero también de duras aflicciones. Lo que nos pidió en cada oportunidad es que tengamos fe en la soberanía del Padre.

Pedro terminó comprendiendo esta realidad espiritual, por eso, a pesar de saber cuál sería su fin, caminó en fidelidad, y sin claudicar. De hecho, él mismo expresó en su primera carta a todos los hermanos de la Iglesia: ***“Resistan firmes en la fe, sabiendo que en todas partes del mundo los hermanos de ustedes están sufriendo las mismas cosas”*** (**1 Pedro 5:9**).

Nosotros podemos estar mejor o peor que otros hermanos, depende de la realidad espiritual que debemos enfrentar en nuestro tiempo, o en nuestro territorio, pero no debemos ignorar que el Señor tiene todo bajo control, y que Él suplirá nuestras necesidades, conforme a sus riquezas en gloria (**Filipenses 4:19**).

En el Reino la necesidad de vivir bajo el gobierno del Padre, sobrepasa a toda necesidad natural. No digo que no importan, ni digo que debemos ignorarlas, Jesús nunca hizo

eso. Él se compadeció de las necesidades de la gente, sea sanando a los enfermos, liberando a los cautivos, o alimentando a los hambrientos. Incluso lo vemos intervenir en necesidades mucho menores, como el convertir el agua en vino, para que una fiesta no se arruine, calmar una tormenta, o generar una pesca extraordinaria.

Jesús estuvo entre sus discípulos como el que servía, Él fue la sabiduría encarnada, pero fue tierno y paciente como lo es una niñera al cuidado de los niños. Él fue absolutamente Santo, pero a la vez, fue compasivo con la condición de los pecadores. Él era Señor y Dios, pero no hablaba con ellos como un superior dominante, sino como un hermano lleno de ternura y simpatía.

En una ocasión Él les dijo a sus discípulos: ***“Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho”*** (Juan 14:2), y así demostró que no les había ocultado nada que fuera provechoso para ellos. Les descubrió Su corazón totalmente, les reveló hermosos misterios del Reino, y Su secreto permaneció en ellos hasta que el Espíritu Santo pudiera otorgarles mayor luz. Los amó con sumo amor, y encauzó el río pleno de Su vida para que fluyera en provecho de ellos y de nosotros.

Fue considerado como amigo de pecadores (**Mateo 11:19**), porque no solo se compadeció de sus necesidades materiales o físicas, sino que además compartía con ellos momentos únicos, y suplió necesidades del corazón a muchos de ellos. Los visitó, les habló, los acompañó, los consoló y



compartió con ellos momentos simples, pero al mismo tiempo eternos.

Debemos aprender de Él, y debemos saber cómo opera el corazón del Padre. Él no ignora nada de lo que vivimos, Él nos examina y conoce todo de nosotros, el rey David escribió al respecto: ***“Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme, has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda. Detrás y delante me rodeaste, y sobre mí pusiste tu mano. Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí, alto es, no lo puedo comprender”*** (Salmo 139:2 al 6).

Esto debe revelarnos el inagotable amor de Dios, el conocimiento que tiene de nosotros y por ende de nuestras necesidades. Es más, Jesús dijo: ***“Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados”*** (Lucas 12:7). ¿Acaso alguien puede imaginar lo que eso significa? ¿Alguien alguna vez ha tenido la capacidad de contar sus propios cabellos?

Seguramente nadie, pero Jesús deja en claro, con palabras muy sencillas, que nuestro Padre tiene todo bajo el control de Su conocimiento. Los grandes eruditos de hoy, si quisieran explicar la grandeza de Dios, no hablarían acerca de cabellos en una cabeza, hablarían de galaxias, de nebulosas y de estrellas, todos buscarían decir algo grandioso, sublime, y deslumbrante, pero el Señor está tan lejos de todo esto que con algunas frases sumamente sencillas

nos llega a conmover el alma, por eso dijo: ***“Pues aun vuestros cabellos están todos contados”***.

¿Qué más necesitamos para saber que el Señor está al tanto de cualquier necesidad que podamos experimentar? El evangelio del Reino, no es un llamado al sufrimiento, es un llamado a manifestar en obediencia la gloria de nuestro Dios. Sea cual sea Su voluntad para nosotros, sea en el lugar que Él disponga, y de la forma en que Él lo determine, vivir en Cristo es lo más extraordinario que podemos experimentar como seres humanos.

Ningún cristiano duda de la providencia Divina, pero no todos están preparados para seguir la verdad que eso implica. Todos creemos que hay una providencia que gobierna sobre todo, pero debo reconocer que algunos parecen haber olvidado que siempre hubo esa providencia, y que la providencia debe ser, después de todo, un asunto de predeterminación divina.

En todo caso, Dios tiene que haber previsto, o de lo contrario no podría haber provisto, pues providencia es, después de todo, previsión. No podemos considerar que Él ha provisto para nuestras necesidades, sin la certeza de que Él ha previsto toda situación en nuestras vidas. La provisión que hace Dios no es sino el resultado de su visión anticipada y absoluta.

Debemos tener certeza que Dios, en Su eternidad, supo con todo detalle cuándo íbamos a nacer, y dónde lo haríamos.

Él no permaneció ajeno a quiénes serían nuestros padres, y cómo serían nuestros días de infancia, cuál iba a ser nuestro camino en la juventud, y cuál sería nuestra posición al llegar a la edad adulta. Desde el principio hasta el fin todo ha ocurrido de acuerdo al propósito divino, conforme fue permitido por Su soberana voluntad.

Lo bueno y lo malo, lo poco y lo mucho, sin dudas nos ha sido necesario, porque así es el Reino. Nada se escapa de la previsión, de la predestinación y de la provisión de nuestro maravilloso Dios. Sin dudas hay cosas que nos han parecido innecesarias, pero eso lo pensamos desde una mente carente de toda información, debemos confiar en nuestro Padre, y debemos agradecer por todo, aun lo que no llegamos a comprender, porque seguramente ha sido bueno y necesario que pudiéramos vivirlo.

Debemos saber también, que Dios es Luz y que Su esencia es el amor. Él no ordena ni genera lo malo, pero ni aun la más densa tiniebla está fuera de Su soberanía. Si una mínima partícula del universo, estuviera fuera del control divino, Dios no podría ser Dios. Él interviene cuando quiere, ordena lo que quiere y permite lo que sabe que debe permitir. Él siempre sabe lo que hace y cómo deben suceder las cosas.

Nosotros no podemos comprender todo esto, porque no tenemos el acceso a esas dimensiones, pero debemos confiar que nuestro Padre conoce absolutamente todo, y gobierna con suprema autoridad y poder. Él es el Soberano y nosotros solo debemos confiar y descansar en Su grandeza.

*“La providencia de Dios no sabe de cosas que son tan pequeñas como para estar más allá de su conocimiento, ni de cosas que son tan grandes como para estar más allá de su control. Nada es demasiado pequeño o demasiado grande para que Dios lo gobierne y lo domine”.*

Charles Spurgeon

Ninguna necesidad puede acechar nuestra vida, sin haber obtenido primero un permiso divino, incluso la necesidad de morir. Muchas veces lo he dicho en mis enseñanzas y ahora me permito escribirlo en este pequeño libro: *“El día de mi partida, nadie debe sufrir, y mucho menos preguntarse los motivos, a mí no me sacará el diablo de esta tierra, sino solamente mi Padre, y solo cuando mi tiempo esté absolutamente concluido. Mi muerte no será un castigo de nadie, sino una recompensa del Padre que determina llevarme a Su gloriosa presencia, porque eso también es absolutamente necesario...”*

***“Den gracias a Dios en toda situación, porque esta es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús”.***

1 Tesalonicenses 5:18



# Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la Biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mi página personal [www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y los pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor, desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Pastor y maestro

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

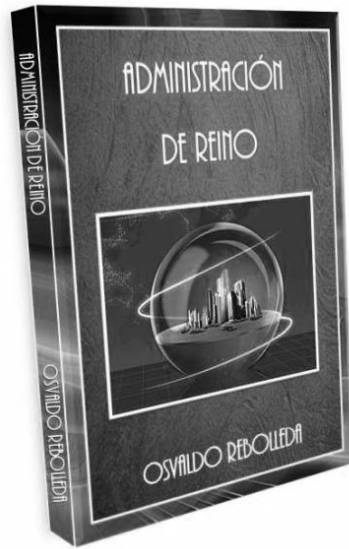
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

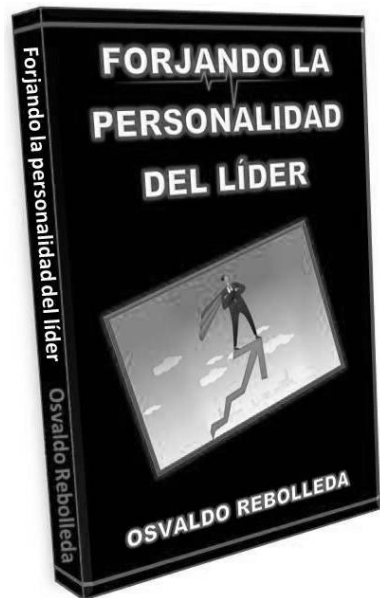
Y hasta lo último de la tierra.

[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

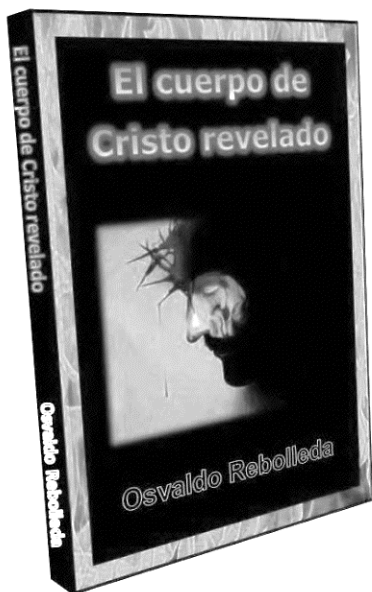
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



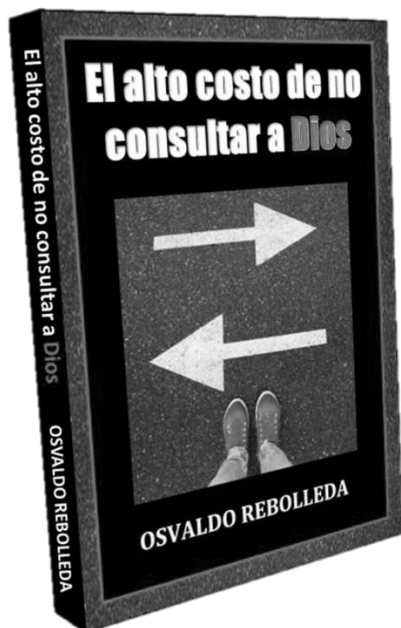
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

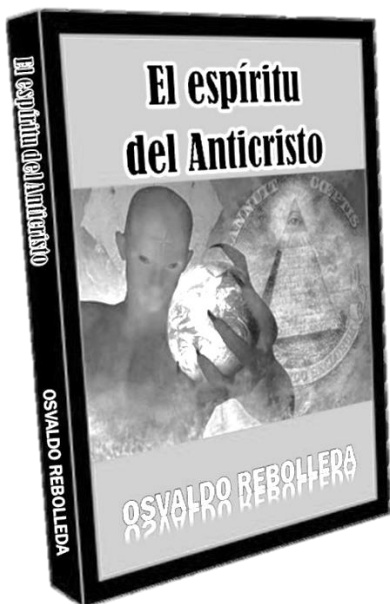




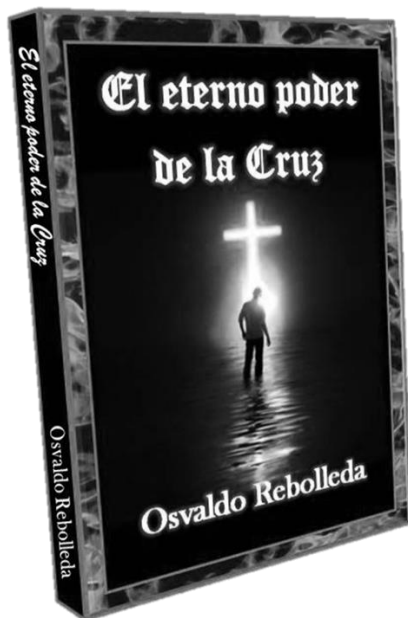
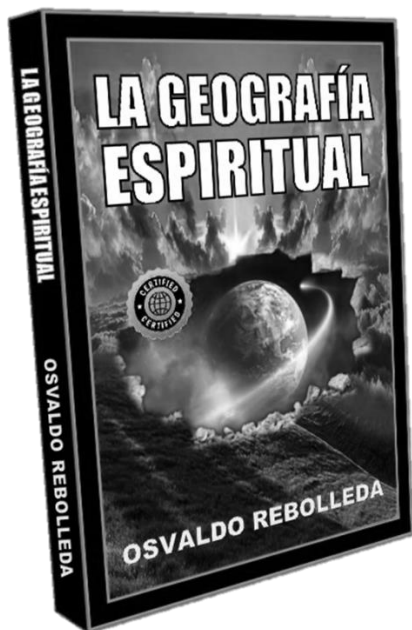


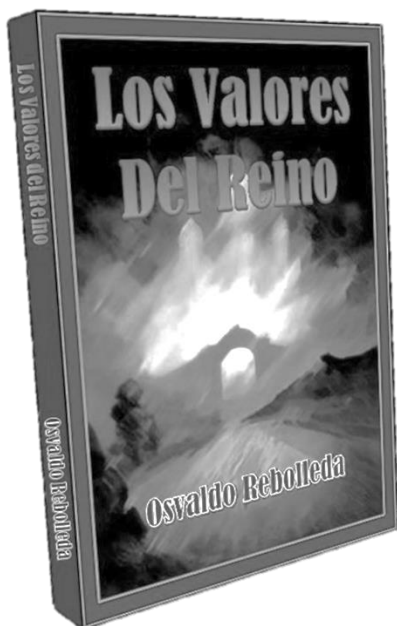
[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

